

# BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—¿Cómo voy a pagar doce pesetas por la gallina que dice que hemos aplastado, si hace quince días por otra mayor que ésta le abonamos la misma cantidad?

—¿Mayor? Pa que usted vea que no quiero engañarle. ¡Era esta misma!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. AREUGER.—Madrid.



# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

#### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número-suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605, Habana.

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

# Los famosos polvos insecticidas

# LEYER Y COMP.<sup>A</sup>

Son infalibles para la destrucción de toda  
clase de insectos

# NUUESTROS CONCURSOS

El del mes de julio

## SEGUNDA SERIE DE SOLUCIONES

### "Currito" (Málaga):

—De la "patá" que te voy a dar le vas a dar un beso a la estatua de La Libertad.

### Alfonso Gil B. (Barcelona):

El camarero, despectivo.—¡Qué hambrón! Se ha comido ya tres raciones de callos y aun no tiene bastante. Apostaría cualquier cosa a que va a ver si encuentra más en las patas de la mesa.

### María Luisa Ortega de Pablos (Madrid):

El fotógrafo distraído, en el "restaurant" (al camarero): ¡Quieto, quieto un momento!

### Manuel A. Moyano (Sevilla):

El comensal.—¡Vamos, que no! Mientras no te pongas la cabeza al derecho, no salgo de aquí ni "amarrao"... ¡que me asusto!

### A. Sarmiento (Mérida):

El señor que traga telas en el circo entra a comer en un restaurante.

—¡Atiza! El camarero no me quita ojo y resulta que no llevo un céntimo para pagar la cuenta. Nada, no me queda otro recurso que fingir un ataque de hidrofobia, a ver si se asusta y me escurre.

### Fernando (Madrid):

#### LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

El limpiabotas que estuvo almorzando en un "restaurant".

#### FIEL A SU PALABRA

Había jurado no comer sobre manteles.

### A. Tejera (Sevilla):

El camarero Torcuato, que es listo como una rata, sorprendió al pobre Juan Nata ocultando en los zapatos un buen cubierto de plata.

—¿Qué hace usted?—le preguntó.

Y el otro, disimulando, fingió que estaba trinchanto algo bajo de la mesa, llevándolo con presteza a la boca y masticando.

—Ya usted ve—le contestó—, camarero de mi vida. Es tan rica la comida y todo lo que sirvió, que ni aun desperdicio yo las migas que están caídas.

#### Cédula número 188731/603811:

Al ver así al cliente, el camarero, no pudiendo explicarse tal rareza por más "vueltas" que daba a su cabeza,

furioso interpeló: —Caballero: ¿Es usted el comensal, o es usted el gato?

(Sin caer en que tendría hambre "cagnina".)

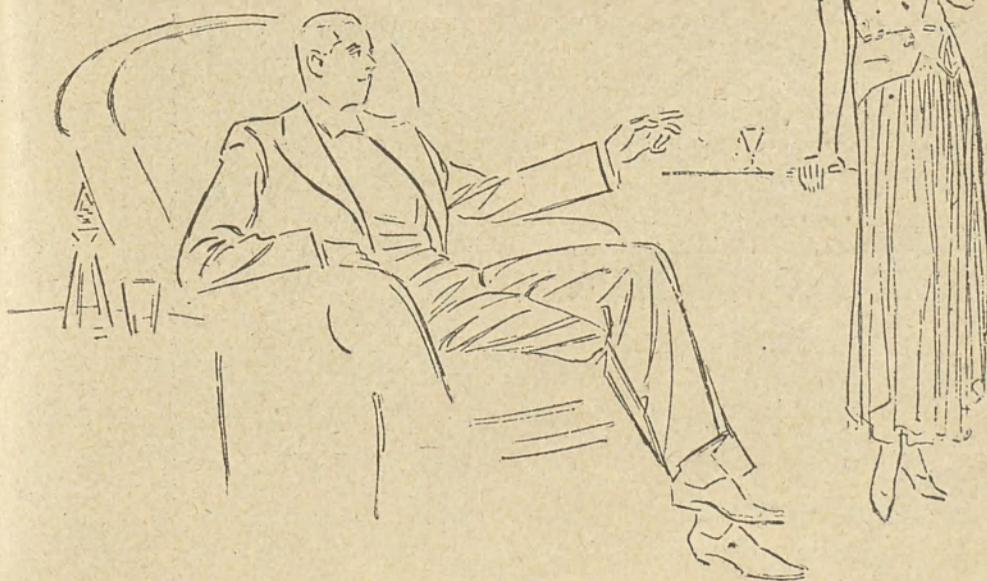
Y el hombre contestó, tras verle un rato:

—Y usted, ¿es el "gárçon" o... la gallina?

La mujer.—Estoy muy disgustada contigo, Juan. No me has regalado nada con motivo de haber cumplido mis veintinueve años.

El marido.—¿Veintinueve? Te has olvidado, querida, que te hice el regalo el año pasado.

(De London Opinion.)



## LA NUEVA MERCANTIL

Alhajas  
Artículos para viaje

### MANTONES DE MANILA

Plaza del Matute, 6 dupdo.  
MADRID

## NATALIO MORALES

Bordadores, 1 Toledo, 90

Este inteligente industrial, buen amigo nuestro, posee magnífico ganado propio en Moralarzal (Madrid), y de ahí la riquísima leche de vacas que sirve, tanto a domicilio como en sus dos despachos de Toledo, 90, y Bordadores, 1.

## Francisco Díez Pauperiña

Nuestro querido amigo, señor Díez Pauperiña, presenta siempre en su establecimiento de la calle de la Magdalena, 32, teléfono 15123, a los precios más económicos, las últimas novedades en papelería, objetos de escritorio y artículos de piel.

## Gran Restaurant LA CROLLA :-: MANUEL COQUE

La cocina mejor surtida.--Comedores independientes  
Servicio a la Carta.--Abierto hasta la madrugada  
FUENCARRAL, 87 Teléf. 16.722 MADRID

## EVELIO FERNANDEZ

Toledo, 41, y Colegiata, 20

De enorme puede calificarse la lucha que hemos sostenido con amigo tan excelente como don Evelio para vencer su modestia y conseguir nos autorice para que su muy prestigiosa y antigua Casa figure en esta información. Esta razón nos impide dedicarle los elogios que merecen su leal amistad y acrisolada honradez, y nos limitamos a recomendar con verdadero interés su importante almacén de tejidos.

FÁBRICA DE ROPA BLANCA  
Y CAMISERÍA

## Merino y Navas

Atocha, 14, y Relatores, 2  
Teléfono 13330. — Apartado 566.—Equipos, canastillas, batas para señoras, trajecitos, capotas y sombreros para niños.

LA CATEDRAL DE LA MODA  
SASTRERÍA

## HERRERO-REY

Corte moderno. Fantasías. Novedades. Confecciones de caballero y niño.

Colegiata, 14. — MADRID

TAHONA DE LAS MALDONADAS  
Elaboración mecánica

## GERARDO DEMAISON

Pan candeal, francés y viena  
Harina de flor

3, Maldonadas, 3

## Cipriano Mardomingo

ALMACEN DE JAMONES  
Atocha, 75 y 77.—Tel. 15305  
Depósitos en  
Pozuelo de Alarcón  
Exportación a provincias

## Hijo de M. Espinosa

Concepción Jerónima, 16

Este importante almacén de papel y objetos de escritorio, libros rayados y artículos de encuadernación, es uno de los más prestigiosos de Madrid.

## Pablo Mesuro

Lo mejor de la verbena

son los exquisitos jamones y embutidos de este popularísimo establecimiento, que cuenta con una gran clientela.

1, Santa Isabel, 1.

La Casa que más barato compra, y la que por lo tanto vende en mejores condiciones es la de la

Viuda e Hijos de Guerra:  
43, AVE MARIA, 43

## Catástrofes de la vida moderna

## EL INFORTUNADO HOMBRE AL QUE TODOS LOS TIROS LE SALIERON POR LA CULATA



ONERSE a referir a los regocijados lectores de un semanario humorístico la vida de un ciudadano desgraciado resulta abusivo siempre; pero, en la época optimista del verano, es casi criminal y, desde luego, estúpido y bastante incongruente. Pero, bueno, a pesar de ser todas estas cosas (y otras más graves que me callo), no hay manera de que yo demore ni dilate un día más mi resolución de dar a conocer en estas páginas el incandescentísimo drama de la vida de Serapio Cantalocella. Quisiera evitarlo, pero no puedo... Hay algo más fuerte que mi voluntad, y este "algo" más fuerte que mi voluntad es un mozo de cuerda, hijo del susodicho Serapio, al que prometí ocuparme de su infeliz padre en estas columnas; y el hombre, al ver que no me ocupo, ha empezado a mosquearse y ha acabado por decirme que se está cargando... Y como, cuando un mozo de cuerda se empieza a cargar, tiembla hasta el mundo, yo he creído oportuno temblar unas miasas y he decidido complacer al mozo sin más excusas ni retrasos.

No crean ustedes que la desgraciadísima vida del repetido Serapio Cantalocella, que paso a referir, sea una cosa que se sale de lo vulgar. Al contrario: es vulgarísima como un tranvía de la Guindalera, como medio kilo de tomates, como un partido amistoso de fútbol o como una comedia de "Azorín". No hay en ella nada saliente, como, por ejemplo, en la vida no menos dramática del señor Sánchez de Toca (en la que nadie puede negar lo saliente que es la nariz); y todos sus episodios son perfectamente prosaicos, eminentemente

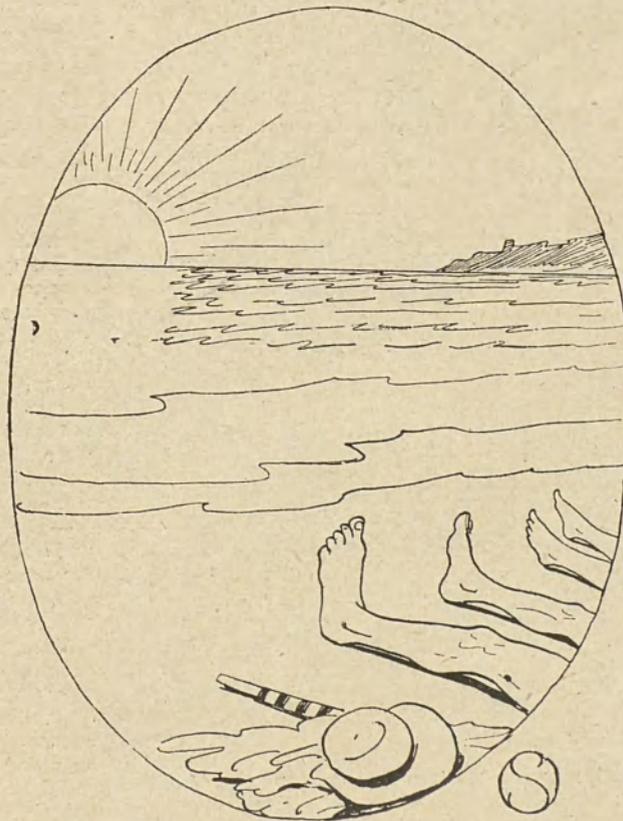
corrientes y democráticamente comunes, ¡y ustedes perdonen los comunes que les acabo de colocar al final del párrafo, sin avisarles antes que íbamos a terminar en un sitio tan feo!...

Pero como todas las vidas desgraciadas tienen un interés, que consiste en ir viendo cómo se chinch a el prójimo en sus diferentes etapas, no dudo de que la infausta y cochina existencia de Serapio Cantalocella tendrá su público, el cual seguirá ansioso sus episodios con la secreta satisfacción de llegar hasta el fin catastrófico que a toda vida desventurada le espera, para allí tronzarse de deleite con el

espectáculo del definitivo amolamiento del protagonista... Así ha pasado siempre, y así pasará ahora. Estoy más seguro que los sumarios en el Palacio de los Juzgados.

Debo decir, ante todo, que el infeliz Cantalocella, con ser innegablemente infortunado, no llegó a batir ningún "récord". No fué, por ejemplo, la persona más desgraciada en amores (lugar que corresponde a la señorita Loreto Prado); ni el hombre a quien siempre le tocó bailar con la más fea (puesto de honor que pertenece a Chicote); ni el que perdió más con las cartas (título que es preciso conceder a un cartero amigo mío que ha perdido once kilos repartiendo correspondencia por las casas en que no funciona casi nunca el ascensor). En resumen: Serapio Cantalocella fué desgraciado sin originalidad, le acosaron desdichas sin grandeza, se hizo la cusca de un modo oscuro, espeso y aldeano. ¡Una verdadera lástima, que haría llorar a un cocodrilo, si a los cocodrilos les importasen algo las calamidades que pueden afligir a un hombre que vive en la calle del Tribunal!...

La infancia de Serapio, ya fué una cosa de caraba. Nació de un padre borracho, y nació esmirriado y minúsculo, cosa que no sorprendió a la comadrona, que estimó naturalísimo que la mujer de un curda no diera a luz más que medio chico... Le criaron malísimamente, y una palmaria demostración de lo mal criado que estaba la dió a los cinco años llamando "penco" a una dignísima señorita transeúnte, sin que ella diese para ello más motivo que tener la falda muy corta y las piernas muy largas... Raquítico y neurótico, el pobre Serapio no crecía lo suficiente, hasta



Dib. SILENO.—Lourido.

que un ilustre médico ordenó que le enviasen a Santander, fundándose en el sabio aforismo que dice que "con la ausencia, crece más..."

Lo peor fué que creció todavía menos.

Y volvió a la corte, más grave que se fué, y con un acento santanderino que partía el alma. Es decir, que volvió con acento, y grave, lo cual es un colmo no sabiendo Gramática, como no la sabía todavía...

Hasta que cumplió los quince años, y tanto por maternal cariño como por su insignificante pequeñez, la autora de sus días le llamó Serapito... Y, en efecto, cuando le llegó el funesto momento de ganarse la vida, no pudo ser más que humilde guardia del tráfico, lo que dió cierto carácter de profecía al "¡Serapito!" que decía su madre,

ya que acabó siéndolo sin género alguno de duda...

Sus desventuras épicas comenzaron en el mismo momento en que contrajo matrimonio, que lo contrajo con traje de guardia, y esto dió lugar a las primeras chufas de las amistades y de los viandantes. Además, a la novia le gastaron bromas tan impertinentes como la de decirle: "¡Hoy te toca estar de guardia!", frase que tuvo la horrible virtud de que la aludida comenzase a aborrecer a su esposo antes de haber tenido tiempo de quererle.

Al mes de casado, le dejaron cesante por la futesa de haber intentado inocentemente pasar un duro falso en un estanco... La Superioridad estimó que un guardia de la porra no tenía atribuciones para hacer circular a las

monedas de cinco pesetas ilegítimas, y le quitó el cargo; y no digo que le puso en medio de la calle porque en medio de la calle es precisamente donde se les pone a los guardias de la porra cuando se les emplea, pues cuando se les deja cesantes se hace lo contrario, que es quitarles de en medio de la calle y mandarles a su casa... Es el único oficio en que ocurre eso, y tengo el orgullo satánico de ser yo el primer ciudadano español que ha hecho tan trascendental descubrimiento...

La cesantía de Serapio produjo en su recién constituido hogar el tumulto conyugal consiguiente. La esposa, al verle venir sin pito y sin porra, dió rienda suelta a su furor y quiso agredirle, y de tal manera quiso, que el pobre Cantalocella estuvo un mes en cama, de resultados de lo bien que ella había querido...

Pasó otro mes, y allá por el día cuatro del siguiente, Serapio, que se había colocado de ordenanza en una casa de seguros, se cayó por las escaleras de las oficinas y se fracturó una pierna. De nada le sirvió reclamar una indemnización, diciendo que él se había colocado en una casa "de seguros", y que allí, por lo visto, estaban seguros todos menos él, lo cual no podía ser si había equidad en el mundo... Se rieron de sus pretensiones y, además, como con la cojera no resultaba ya grato para el cargo de ordenanza, le dijeron que se fuese a paseo, indicación que no pudo atender por el mal estado de su pierna.

No tendré que decir que sobrevino un segundo tumulto domiciliario y que su mujer, esta vez, ya no se conformó con querer agredirle, sino que le agredió, lo que en buen castellano significa que Cantalocella salió vivo del trance por un inexplicable milagro, quizás el milagro más grande que registra la historia.

Unos días después, la iracunda esposa hizo lo que yo ya me estaba figurando, que es, ¡claro está!, engañar miserable y pestilentemente al dignísimo Serapio... Este lo supo, tarde pero bien, y se desahogó con un íntimo diciéndole:

—¡Mi mujer me la ha pegado con uno! ¡Pero lo que resulta más infame no es que me la haya pegado con uno, sino que luego me la ha pegado con otro!

Y se fué a un juez con el mismo cuento, consiguiendo que el juez, inflexible como el talle de doña Leocadia Alba, decretase la separación de cuerpos. Y miren ustedes por dónde, en menos de un año, Serapio Cantalocella fué separado de dos cuerpos: del Cuerpo de Guardias Municipales y del cuerpo de su esposa.

¡Un horror!...



El.—¿Es que no le gustan a usted, morena, los hombres de conversación ingeniosa?

Ella.—Mucho; pero no conozco a ninguno.

Dib. CASERO.—Cuatro Caminos.

Y las desventuras continuaron en un "crescendo" tremendo y estupendo.

Murió en Sevilla un tío suyo y le dejó dos mil duros, pero como todos eran sevillanos y la gente ya estaba escamada con Serapio por la intención del duro falso de marras, resultó que no pudo pasar ninguno. ¡No hay quien pueda recordar un caso de dos mil duros tirados a la basura, de un modo tan imbécil como este!...

A la muerte de su padre cogió otros quinientos duros, afortunadamente madrileños, y pensó en dedicarlos a los negocios, pero acabó por quedarse sin una perra gorda por su poco tacto para planear los negocijos susodichos, que fueron los siguientes:

Abrir una funeraria en un pueblo tan sano que no se moría nadie.

Instalar un quiosco de refrescos en la Fuenfría.

Vender melones a plazos.

Y creer que era un negocio fantástico exportar alpiste a Canarias. No hubo un solo canario que se lo quisiera tomar, y la broma le costó un pico.

Y así sucesivamente...

Pero Serapio, a pesar de lo que llevamos dicho, era un hombre de regular inteligencia; y al notar que fracasaba en todo de un modo vergonzoso, quiso refugiarse en el estudio y, con la ayuda de algunas buenas almas, se matriculó para hacer la carrera de médico extremeño.

A los seis años estaba ya en Badajoz recetando como una fiera.

Y a los seis años y dos semanas se le habían muerto todos los clientes.

Esto colmó la medida de su desesperación y pensó pegarse un tiro. Pero, en tan culminante momento, surgió lo imprevisto... Una pitonisa francesa, tan brutalmente adivinadora que no le fallaba ni un pronóstico (como lo demuestra el caso de que adivinó los funestos resultados de la gran guerra europea, aunque lo hizo a los tres años de terminar ésta), cogió por su cuenta a Serapio Cantalocella, le miró las rayas de la mano y le hizo el solemne vaticinio que transcribo con emoción:

—¡Usted está llamado a ser una fi-

gura importante!... ¡Vejo clarísimo su porvenir!... ¡¡Dentro de muy poco tiempo tendrá usted en España la misma categoría que D. Antonio Cánovas del Castillo!!

Serapio se esperanzó, se dedicó a la política, haciéndose conservador. Empezó a pronunciar discursos, diciendo que los republicanos eran unos zánganos antipatriotas. Soñó en ser concejal.

Y un día, al salir de pronunciar su séptimo discurso, le atropelló un camión cargado de carbón y le hizo cisco...

\*\*\*

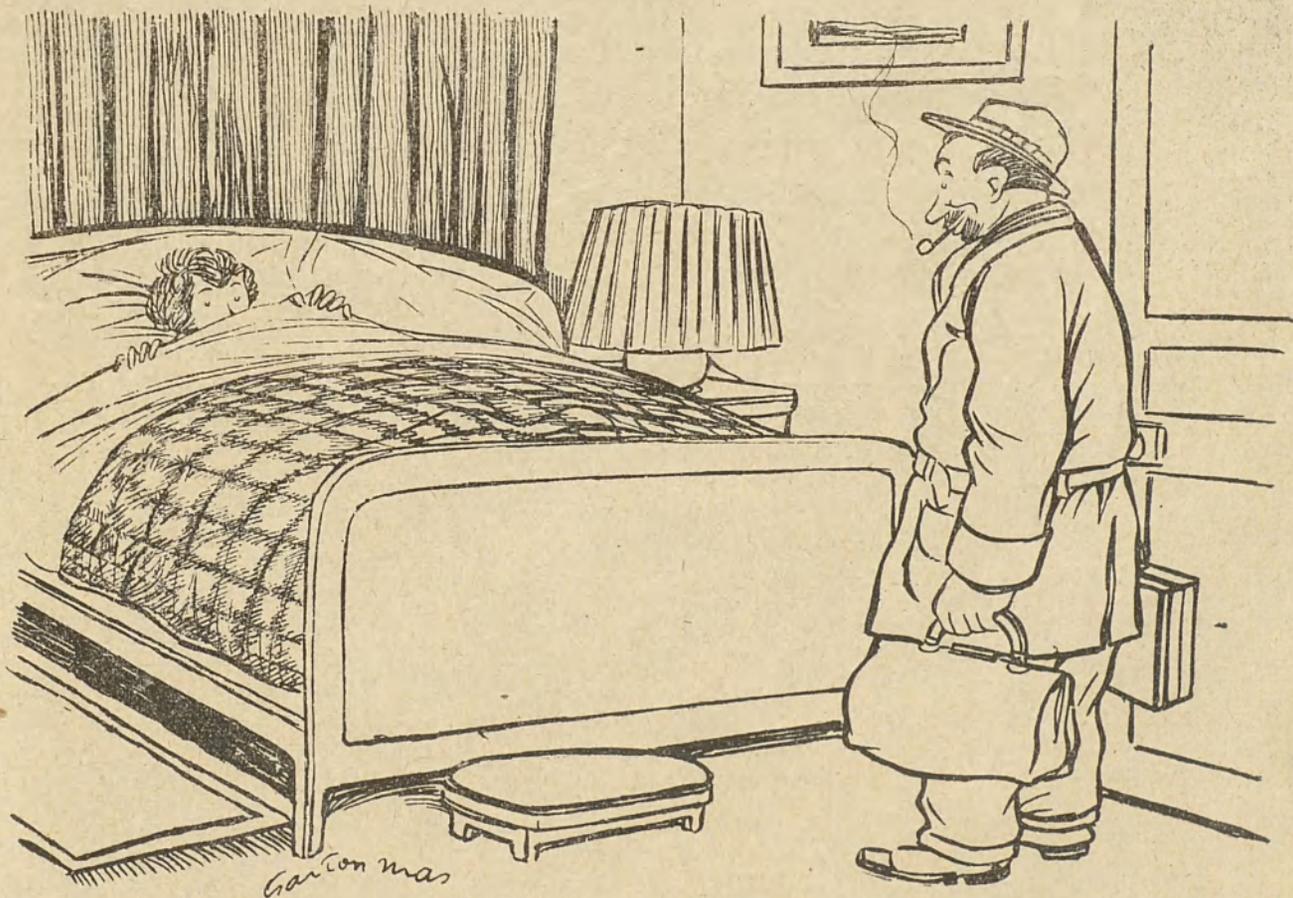
La profecía de la pitonisa se cumplió al pie de la letra...

Actualmente tienen la misma categoría Cánovas del Castillo y Serapio Cantalocella...

Los dos son cadáveres...

¿Qué les ha parecido a ustedes?

ERNESTO POLO



—¡Qué poco me quieres, Ernesto! Antes de casarnos no hubieras entrado en mi cuarto con el sombrero puesto.  
—Hija, yo creía que el marido tiene algunos derechos.

Dib. GASTÓN MÁS.—Paris.

# ¡ A Y , T O M A S A !

— Cuando aun triunfa la "Cirila" y consta que hasta en Manila su nombre ya es popular, salió a escena la "Tomasa", ¡ que ni en la calle ni en casa no nos deja descansar!

Uno que escribe corcheas, con las peores ideas

ha inventado una canción que ya ha llegado al delirio, pues hoy día es el martirio de toda la población.

Ya no hay, ¡ oh Dios!, quien soporte lo que sucede en la corte

con esta canción fatal, cuya letra y melodía son el castigo hoy en día de toda la capital.

Llego tarde a la oficina, y en vez de la resplandina que es muy justa y de rigor, y mi jefe, todo guasa, me coloca un ¡ ay, Tomasa!, que es mi castigo mayor.

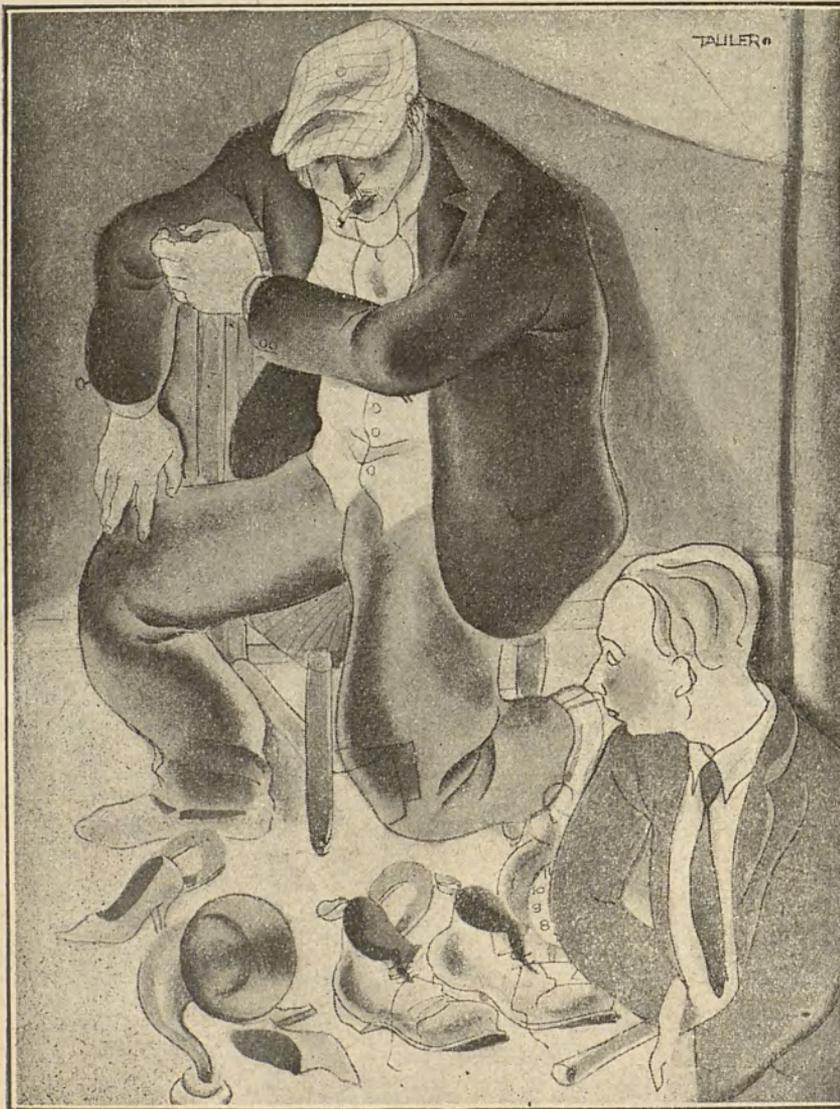
Requiero pluma y cuartillas, y romances y quintillas escribo con profusión cuando mi vecina Rosa, con esa canción dichosa, perturba mi inspiración.

Riño a mi chico el pequeño, que es el que me roba el sueño, porque no quiere estudiar, y el muy pillo, por respuesta, ¡ ay, Tomasa!, me contesta ¡ y me tengo que aguantar!

A Pérez, el usurero, que es el que me da dinero al modesto cien por cien, y al oír lo que me pasa ¡ me contesta un ¡ ay, Tomasa! que pide un tiro en la sien!

A una chica muy hermosa y fresca como una rosa dirigí una flor de amor, y más fría que la nieve con un ¡ ay, Tomasa! aleve ¡ le dió respuesta a mi flor!

Me enamoré hace muy poco de Tomasa, y hecho un loco mi esposa la quise hacer; pero aunque el amor me abrasa, ¡ por no decirla ¡ ay, Tomasa! escapé a todo correr!



—Aquí tiene un objeto antiguo y raro. Es el altavoz que usaba Cristóbal Colón.

—Pero ¿en tiempos de don Cristóbal existía el altavoz?

—No; por eso le digo que es un objeto raro.

Dib. TAULER.—Madrid.

MANUEL SORIANO

# CUENTO INFERNAL

Mr. Wliff era el hombre que todo lo arreglaba. Donde él llegaba se terminaban las dificultades. Inventaba, modificaba, perfeccionaba y tenía un "ojo mercantil" de lo más siglo XX que se conoce. Era norteamericano; pero norteamericano "tipo".

Para dar una idea exacta del talento y actividad de este hombre, basta conocer algunos hechos de su vida: a los veinte años fué un día de merienda al Canadá, y nada más llegar tuvo una idea feliz: inventó las cataratas del Niágara. En uno de sus viajes por España vió un terreno a propósito para el turismo, y construyó la Sierra de Guadarrama, y así mil ejemplos.

En el tranvía daba gusto viajar con él; pues la comodidad que se lograba gracias a su espíritu organizador era enorme:

—A ver, caballero; póngase en este rinconcito y apoye el codo en esa manivela. Usted, señor; ponga la tripa hacia afuera. Usted, señorita; póngase de perfil. ¡El pollo pera en el tope! ¡Ese niño en brazos! ¡Ajajá! Ahora ya puede subir esa señora gorda. Y así cabían todos los que a él le daba la gana.

—¡Era un hacha!

Pero le ocurrió lo mismo que a Napoleón: un día se murió.

Nada más entrar en el mundo de los vivos se preguntó: ¿adónde ir?

—Iré al Infierno y siempre encontraré a algún amigo.

Llegó al Infierno y llamó. Salió a abrirle un portero vestido correctamente de librea. Porque, aunque parezca una tontería, el traje con que se amortaja a cada uno tiene capital importancia en el porvenir extra-terrestre; pues se aprovecha su indumentaria para que ocupen tal o cual cargo de más o menos importancia; y así un hombre que va de levita no puede ser nombrado nunca "asistente" de Satanás, y, por el contrario, un hombre al que se le haya amortajado con un traje de pana no puede ocupar la Presidencia de los Altos Hornos del Infierno. ¡Y cuando llega una pobre mujer de clase humilde con la sola indumentaria de una sábana liada al cuerpo? ¡La que se arma! Es un día de júbilo, porque la hacen tanguista del Cabaret del Infierno y todos se pegan por bailar con ella.

Nuestro hombre iba vestido elegantemente de levita y sin sombrero. Llamó

—como digo— y preguntó por Satanás.

—¿Qué deseaba usted?

—Pues mire, querría instalarme en este establecimiento que usted tan acertadamente dirige.

—Muy bien, muy bien; haga el favor de pasar a ocupar esa caldera del rincón.

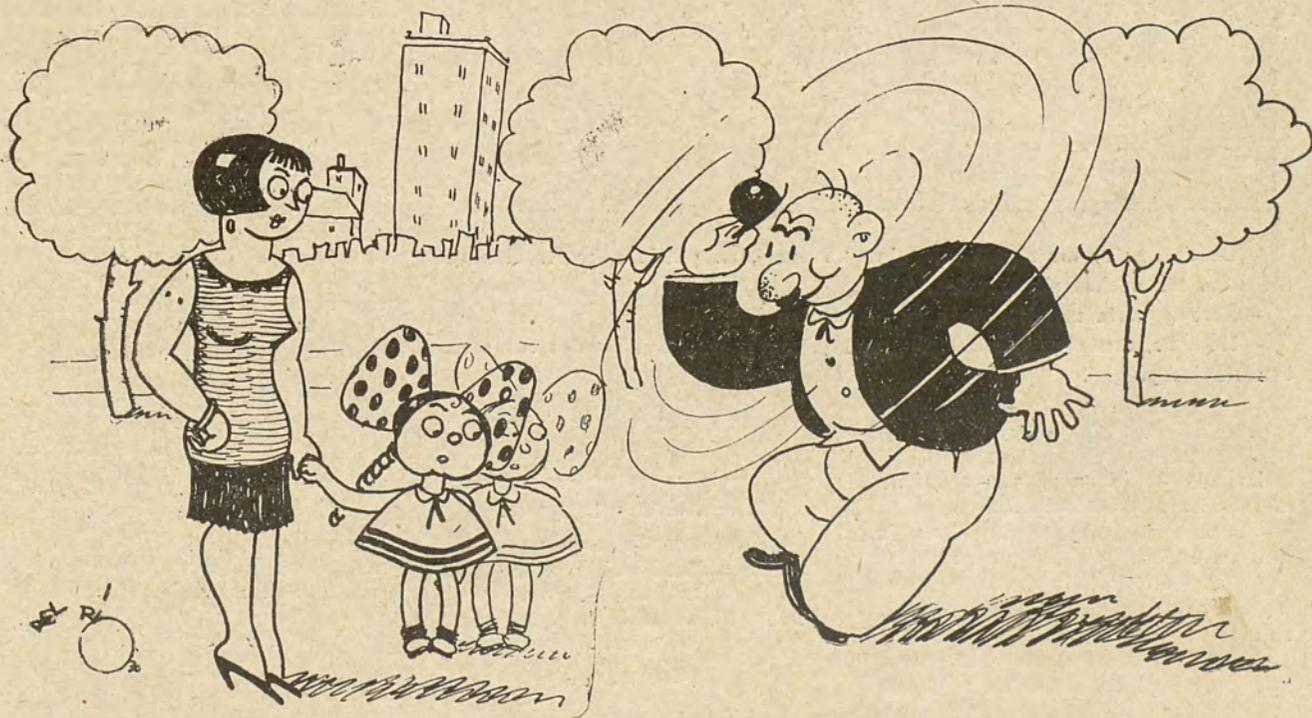
—Pues tantísimas gracias.

Wliff fué derecho a ella, colgó la levita de un clavo, se zambulló en la negruzca caldera que le había designado Satanás, y empezó a tostarse poco a poco mientras notaba con horror que le crecía un hermoso rabo y un par de cuernos no menos hermosos—hay que advertir que en el Infierno a todos les sucede igual, salvo el caso, que se dan varios, de que los cuernos los lleven ya de la Tierra, en cuyo caso sólo se desarrolla el apéndice coxígeo.

Mientras tanto púsose a mirar y remirar el local donde se hallaba.

—Esto es una porquería—se decía—; estos techos tan bajos, esas paredes negruzcas, las calderas viejas y llenas de hollín, las habitaciones reducidísimas para el número de huéspedes que hay. No puede ser, no puede ser; esto es antihigiénico e insano.

De un salto salió de su caldera, se puso



El "curda".—¡Caramba, Rupertita! La felicito. ¡¡Ha tenido usted dos gemelas!!

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



—Desde que se me murió mi pobre “Tolita”, no puedo conciliar el sueño. Me paso las noches sin dormir...

—Pero ¿quería usted tanto a su perra, don Tulio?

—Hombre, tanto como quererla..., no ¡Pero pasaba tan buenos ratos quitándole las pulgas!

Dib. TORMO.—Madrid.

la levita y dando un portazo abandonó el Infierno malhumorado.

—Yo construiré otro Infierno—decía—; pero un Infierno amplio que cubra las necesidades del siglo XX, y entonces verá ese imbécil de Satanás cómo se queda sin un solo “pupilo”.

Y, efectivamente, a los quince días, frente al antiquísimo Infierno regentado por Satanás, se alzaba un rascacielos colosal en cuya fachada se leía en grandes caracteres:

#### INFIERNO - PALACE

*Trato esmerado. Cuatro platos en todas las comidas. Media hora de quema nada más. Los jueves se dan globos a los niños. Orquesta de negros todas las noches.*

¡ HAY RADIO!

¡¡ VIVIR EN EL INFIERNO ES VIVIR EN EL CIELO!!

Satanás a todo esto rugía de rabia, y también tuvo que hacer su “miaja” de propaganda:

#### EL INFIERNO CLASICO

Casa fundada en 345 (a. de J.)

Proveedor de las familias más ilustres de la Tierra.

*¡Cante jondo todas las noches!*

¡¡ NO DEJARSE CONVENCER POR LOS IMITADORES!!

Así rezaban los carteles (1).

Pero, claro es, a pesar de todo esto, el Infierno-Palace cada día era más famoso y a él acudían millares de “viajeros” de todas partes. En tanto que el Infierno-Clásico cada día estaba más vacío. Llegó un momento en que sólo quedaron en él Satanás, Lucifer y Pedro Botero, que se pasaban el día jugando a las siete y media de güitos. ¡Aquello era la ruina!

Satanás no sabía qué hacer. Llegó a poner un letrero que decía así:

¡¡ VENID!!

Aquí no se quema a nadie.

¡¡ Esmerado servicio de bomberos!!

*¡Todas las noches rifa de una moneda de oro!*

¡¡¡ PRÓXIMAMENTE DEBUT DE LA JOSEFINA BAKER!!!

Pero, quíá, ni aun así; porque mientras él hacía esta “réclame” el Infierno-Palace iba de mejora en mejora, y un día instalaba cuartos de baño en todas las habitaciones, otro era el gas en cada piso, otro el teléfono automático, etc.

Satanás se quedó solo, completamente solo. Lucifer y Perico Botero le abandonaron y se instalaron el Palace.

Satanás adelgazaba por días. La envidia y la ira no le dejaban vivir. Quince días llevaba en el lecho abrasado por la fiebre. Los médicos desahuciaron el caso.

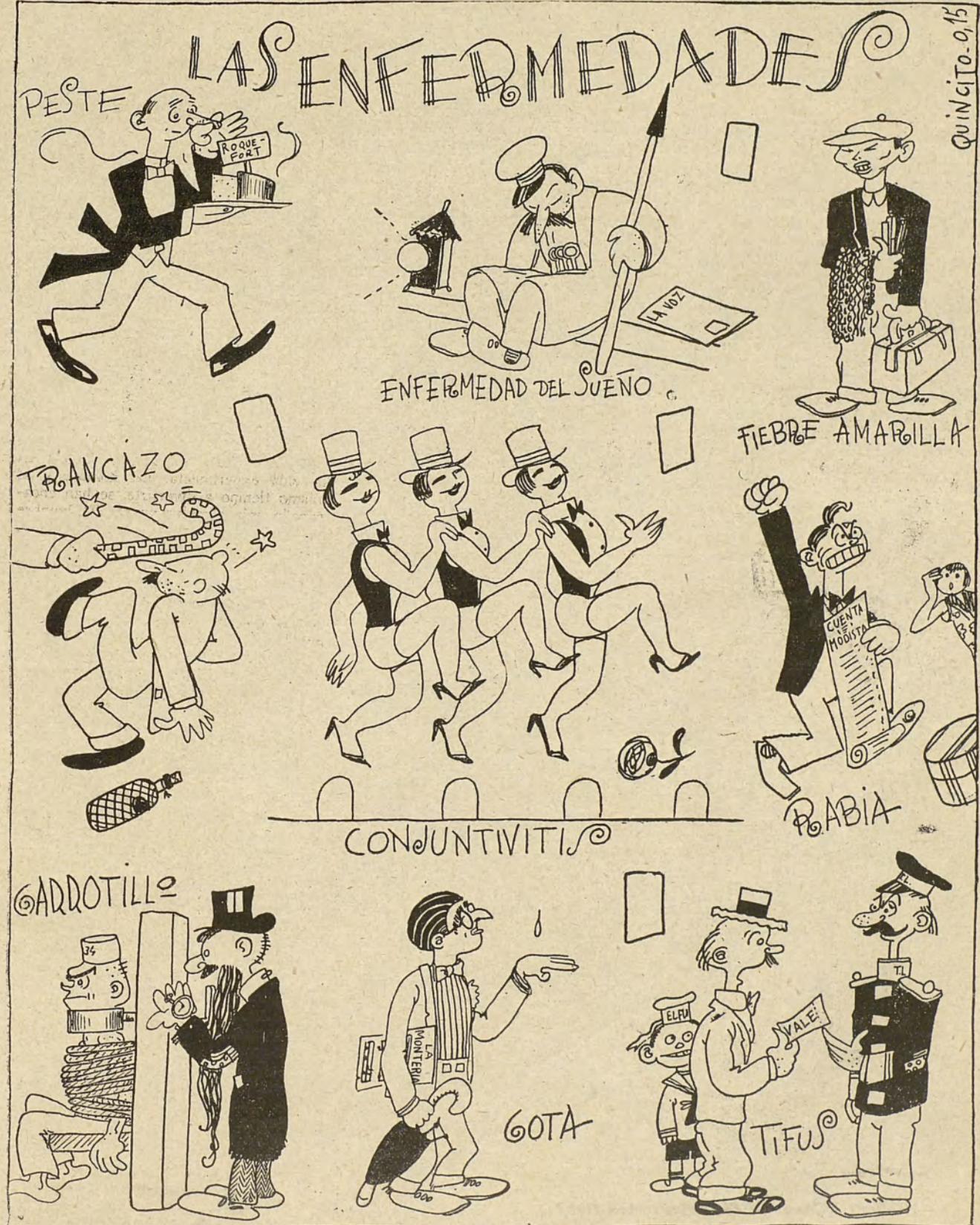
Una noche, no pudiendo resistir más aquel tormento, cogió una pistola y de un tiro se atravesó la masa encefálica. ¡¡ Pobre!!

Al día siguiente su alma pecadora entró en el suntuoso Palace.

El antiguo Infierno quedó en poco tiempo convertido en una modernísima fábrica de churros dirigida por Mr. Wliff.

FRANCISCO LOZANO ACOSTA

(1) Parece mentira que en el Infierno rezasen; pero rezaban.



Quinciro-0,15

Dib. Quinciro-0,15.—Madrid.

## HUMORISMO FERROZ

## PARQUES DE ATRACCIONES

Parece ser que lo único verdaderamente flojo de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona han sido los Parques de Atracciones. Siempre sucede igual, y lo mismo que en las dos citadas Exposiciones españolas ha pasado siempre en cualquier otro sitio o país. El caso curioso es que basta que el hombre procure divertir al hombre para que en seguida surja el aburrimiento. Y el aburrimiento surge, inevitable, porque el hombre carece de originalidad, de fantasía, de audacia, de imaginación para buscar y traer elementos novísimos, inéditos, de distracción.

Señor, que son muchos siglos de colupio, de ola giratoria, de ferrocarriles diminutos, de tómbolas, de tiros al blanco y de bandas de música encaramadas en unos quioscos cursis... Señor, que ya estamos hartos de carrouseles,

de tirar anillas al cuello de un pato, de comer churros castizamente indigestos, y de deslizarnos por la eterna montaña rusa... Las pocas novedades que se van viendo no son más que remedo, mejor dicho, un remiendo de lo anticuado.

Por eso yo me decido a ofrecer mis servicios a quien los considere necesarios como organizador de números nuevos, de trucos originales, de atracciones novísimas, de recreos nunca vistos, de emociones nunca sentidas en esta clase de parques de espectáculos.

Mis inventos son producto de la observación y del estudio y no fruto de la casualidad y del mecanismo automático, como la mayoría de los antiguos. Eso de echar diez céntimos por una ranura y que salga una pastilla de chocolate, es algo tan idiota como tirar al blanco, acertar, y que salga un cama-

rero con un pequeño "bock" de cerveza caliente.

No. Mis inventos, mis recreos, son otra cosa. Tienen hasta una pequeña base filosófica. Ya lo veréis. Se basan en lo siguiente: el hombre pasa a lo largo de su vida por multitud de emociones y sensaciones físicas o espirituales, pero de las cuales sale indemne y las cuales puede recordar y relatar a todos sus amigos, empezando por sí mismo, cuando se sienta soñador o nostálgico. Hay, por el contrario, otras sensaciones y emociones que el hombre sabe de cierto y perfectamente que existen; pero las cuales no ha experimentado nunca ni desea experimentarlas y prefiere que sean otros los que las experimenten, aunque estos otros no puedan nunca, nunca, explicarlas y relatarlas después.

A llenar esta importante laguna en la vida experimental del hombre y al mismo tiempo a divertirlo, se han encaminado mis elucubraciones. El hombre que entré en el Parque de Atracciones que yo dirija, al salir sabrá cosas que de otro modo nunca hubiera sabido, y habiéndose divertido de lo lindo, habrá experimentado sensaciones emocionantes de las que vuelve sin daño alguno al mundo de todos los días, y pudiendo contárselas en el café a sus amigos.

Necesariamente, en mi Parque habría atracciones y recreos voluntarios e involuntarios. Unos a los que se iría por propio gusto y capricho, y otros en los que nos veríamos envueltos inopinadamente.

Voy a dar algunos botones de muestra, pero sólo algunos, pues no quiero que algún empresario avisado me pise la combinación.

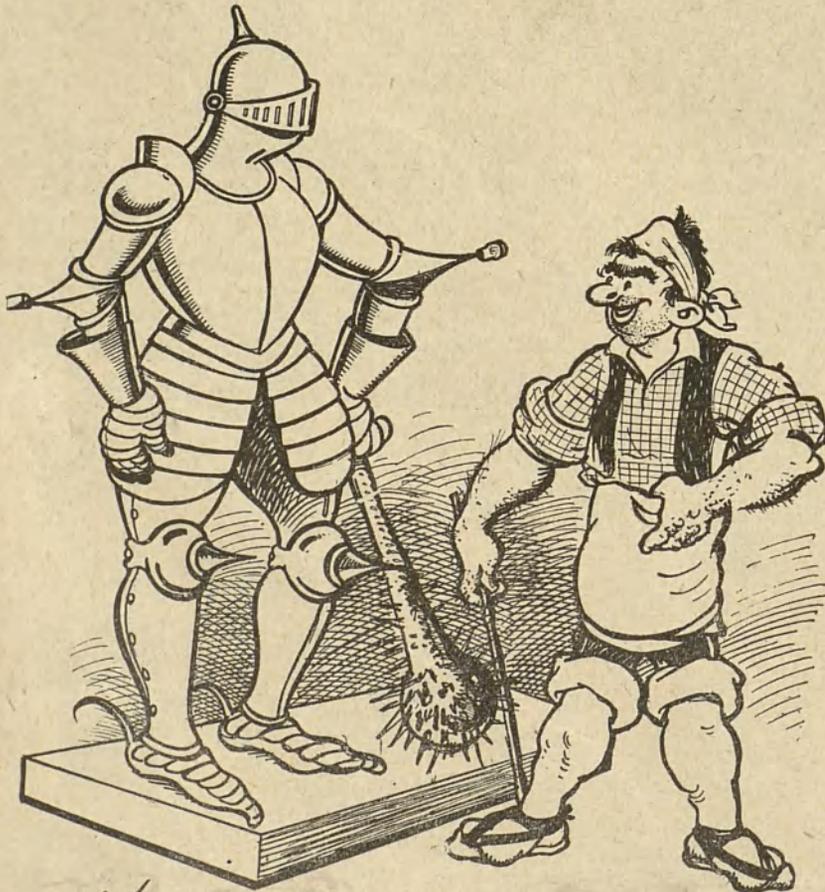
Ejemplo de recreo involuntario: el llamado "Emoción de mar". Consiste en colocar un pequeño puente sobre un profundo lago y situar en medio del puente dos forzudos y auténticos lobos de mar, que, decorativos y simpáticos, charlarían con los visitantes. En cuanto oyeran a un señor o a una señora decirles:

—¡Ay, yo no sé nadar!

Le cogerían riendo sarcásticamente y exclamando:

—¡Qué risa! ¡Lo que nos vamos a divertir!...

Le tirarían al agua. La gente se arremolinaría en seguida. Unos protestarían, otros se reirían mucho, pero todos se asombrarían por el pretil del puente para ver en qué acababa aquello. Y ya está: emoción en la gente que ve ahogarse a un semejante y enorme emoción en el señor o la señora que gocen por el momento del recreo involuntario.



MONDRAGÓN

—¡Ridez! ¿Cómo se rascarían estos fños?

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaría—. ¡Que no sé nadar!... ¡Que me ahogo!...

Los lobos de mar, cruzados de brazos, se reirían estruendosamente. Y sólo cuando falte un segundo, un momentín, para que el caído muera verdaderamente, se tirarán al agua y lo salvarán. En un departamento especial se le hará la respiración artificial, se le volverá a la vida y se le secará la ropa por un procedimiento americano que lo realiza en siete minutos. Y es indudable que ese hombre o mujer ha experimentado una enorme emoción, que por sí solo nunca se hubiera podido ofrecer. Y no digamos nada de lo que se divertieron los que, desde el puente, presenciaron el suceso.

Ejemplos de recreos voluntarios; uno: el de la "guillotina". Ningún caballero guillotinado ha vuelto a explicarnos las sensaciones que se experimentan al colocar la cabeza en el sitio correspondiente y al sentir la cuchilla entrar por la nuca. Todos, en el experimento, han perdido la memoria al perder la cabeza. Y, sin embargo, hay multitud de señores perfectamente honrados, nobles padres de familia, burgueses piadosos, santos varones que se quedarán siempre sin conocer esas emociones, esas sensaciones. ¡Ah!—dirán—ya me gustaría. Pero para ir a la guillotina hay que cometer un crimen bastante decentito, y yo no me considero capaz de esa hazaña.

En mi Parque habría una guillotina auténtica, perfecta, completa. Por cierta cantidad se permitiría colocar la cabeza en el semicírculo, después de haberlo mirado bien todo y examinado el cesto donde la cabeza ha de caer y haber estrechado la mano del verdugo. A un toque de corneta, éste apretaría el botón correspondiente y la cuchilla caería... para detenerse a dos milímetros del cuello del que se recrea. Para dar mayor emoción y realismo al espectáculo, la guillotina, alguna vez, podría *equivocarse* y decapitar realmente a algún cliente. Esto sería, por ejemplo, los jueves de moda. Habría una variante para los patriotas: el garrotillo. Verdugo de Burgos y Guardia civil y encapuchados.

Otro recreo voluntario: el llamado "El último paseo". Aquí sí que proporcionaría a mi clientela la degustación y saboreo de una emoción enorme y completamente nueva, de una emoción que, sin mí, nadie podría experimentar. En efecto; no hay nadie en el mundo que sepa en qué se piensa y qué tal se va; en una palabra, a qué sabe el paseo en una carroza fúnebre, metido dentro de una caja. Y, sin embargo, lo estamos viendo todos los días. Y es una sensación que desconocemos porque los que hasta ahora la conocen no cuentan nada... En mi Parque de Atracciones habría dos carrozas: una negra, otra blanca. Y una carroza automóvil. Por el módico precio de seis reales todo el que se quisiera divertir sería extendido en

una caja galoneada de negro—como las de los Hospitales, para mayor ambiente—y unos mozos con largas blusas negras y lettereros en las gorras de plato: "Funeraria del gran Parque de Recreos"; depositarían la caja en la carroza y... ¡dos vueltas, dos, a todo el Parque, por seis reales! El precio subiría a dos pesetas para la carroza automóvil.

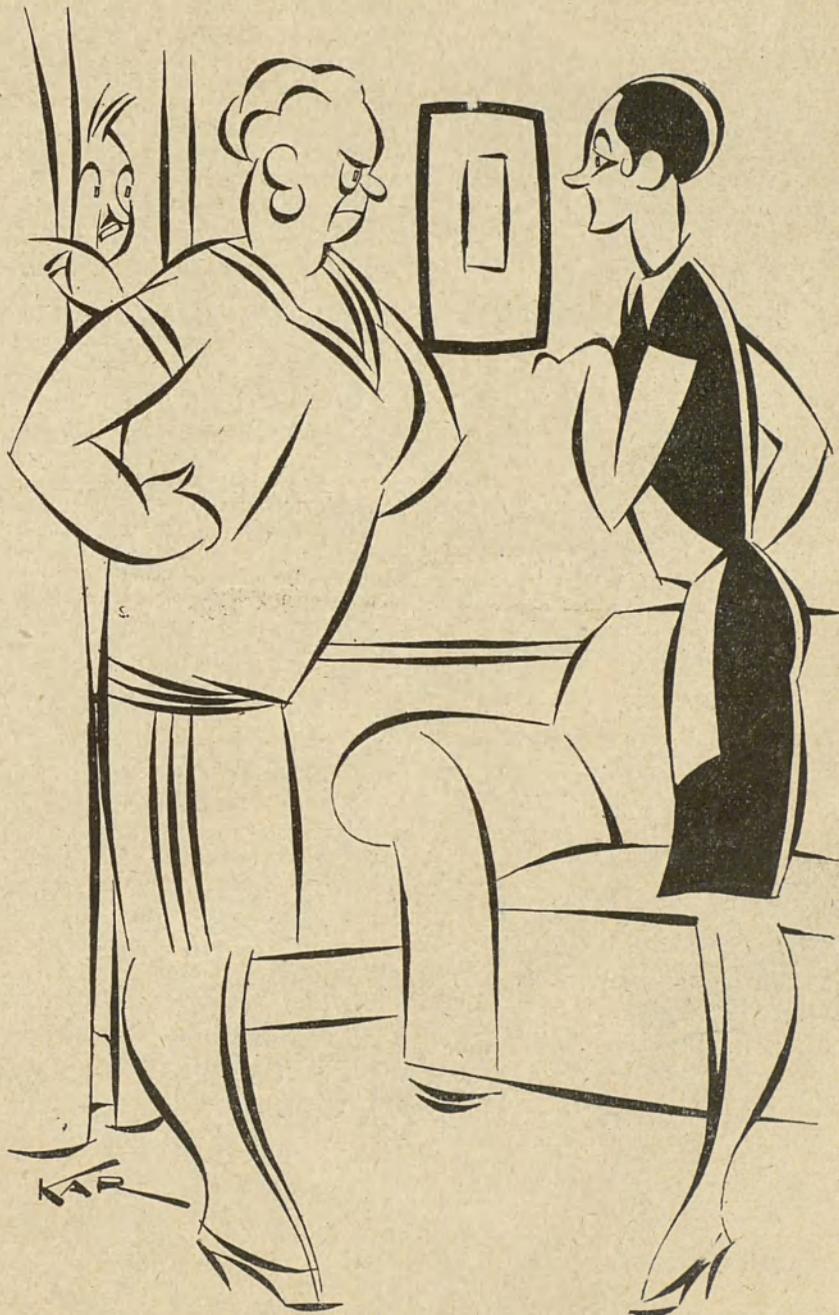
Y ya nunca más, cuando asistiéramos a un sepelio, se nos ocurriría pensar,

desde el fondo de nuestra berlina o de nuestro "taxi":

—¡Hombre! ¿Qué tal irá Pérez en la caja?...

No. No me tiréis de la lengua. Ya no diré más. Bastan esos botones de muestra. Secreto sobre lo que queda en cartera. ¡Ah! Se necesitan socios capitalistas con derecho a ser los primeros en disfrutar de estos alegres recreos...

GABRIEL GREINER



La señora.—Gertrudis, ¿no ha visto usted la escoba?  
El marido (dramáticamente).—¡Diga usted que no!!

Dib. KAR.—Valencia.

# EL RASTRO

Aquel Labrador sucio, borracho y maloliente, sobre todo en la base de las extremidades abdominales, tenía un perro magnífico. Listo como un lince y más inteligente que un sabio de Academia. Se llamaba (¡y cómo no!) *Leal*.

—¡Mira!—decía a su amigo Felipón—. Tú sabes de cómo yo vivo solo. Nadie me hace falta, en realidad; porque mi *Leal*, mi perro fiel, inteligente y bueno, me ayuda perfectamente en todas mis labores. Él me hace la compra, abre y cierra puertas y ventanas según le ordeno, y hasta le he enseñado a barrer el piso con su peluda cola. En cuanto a guardar la casa estando yo ausente ¿quién podrá igualarle? Palabras, mimos, engaños, cebo, nada le hará abandonar su puesto. ¡Cuán magnífico es mi perro amigo! Si alguna vez desaparezo mandadle en mi busca; porque él me encontrará en las entrañas mismas de la tierra.

Y sucedió que, por una vez, el Labrador borracho, maloliente y sucio desapareció del poblado.

Tres días llevaban sus vecinos en inútiles averiguaciones y todos temieron por su vida. Otros tres hacía que el bravo *Leal* al pueblo tenía en insomnio con sus penetrantes aullidos.

Fué entonces cuando al tío Felipón, oyéndole, se le ocurrió la idea luminosa.

—Sí. Él lo había dicho: "Si alguna vez me pierdo mandadle en mi busca; porque él me encontrará en las entrañas mismas de la tierra." ¿Qué mejor camino que enviar a *Leal*?

Todos aprobaron la idea y, así, fueron en su busca. Pero el can ladraba con tal denuevo al sentirles próximos, que nadie se decidió a libertarle. Discurriendo, vinieron a convenir en que Felipón, como más conocido, subiría a la tapia y desde allí viera la forma de calmarle.

Lo hizo. Pero ya en la cimera del muro, el fiel *Leal* se desesperaba de manera que Felipón no osaba moverse, porque sus ojos no vieron otra cosa que una gran dentadura fina, blanca, brillante. ¡Buena, buena—decía él—para una muestra de clínica odontológica!

Decidido, no obstante, a convencerle, le lanzó frases tan sugestivas como éstas:

—Monín: si soy Felipón, tu amigo.

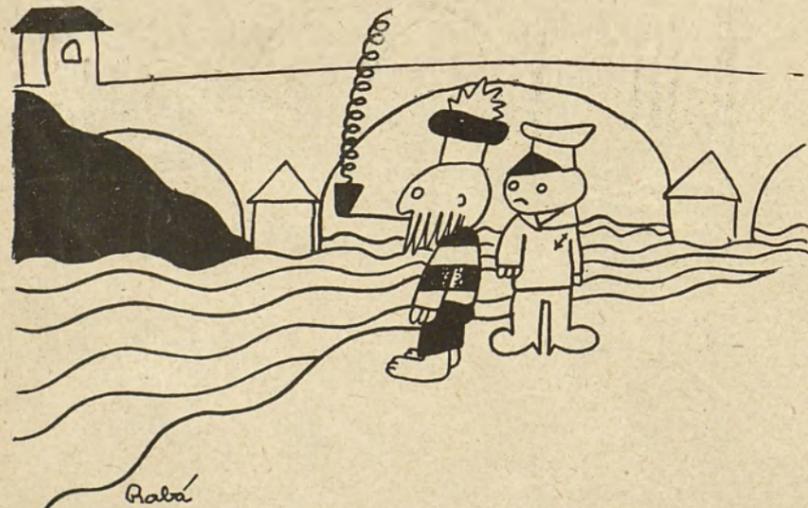
¡Vamos! ¿No me conoces? ¿Qué es éso?

Y como el pequeño león no quisiera convencerse, dirigiéndose a los demás les dijo:

—¡Nada adelantaremos! Bien me decía su amo que serían inútiles los halagos.

A lo que una voz le respondió: —Es que usted le da consejos que *pa* nada los precisa; porque lo que necesita ese animal es llenar el *monago*, que va *pa* tres días que no dijere, y, por muy estómago de perro que tenga ha de *sentirse*. Pruebe a darle este pedazo de hígado a ver cómo se presenta.

Así lo hizo Felipón, y ante los jipíos de agradecimiento de *Leal*, pudo convencerse de que, en efecto, los necesitados, cuando piden, no son precisamente consejos, que es lo que en general se acostumbra a darles.



—Dígame, amigo, ¿se han perdido alguna vez los pasajeros cuando existe esta agitación líquida?

—No, señor; siempre los encontramos al día siguiente.

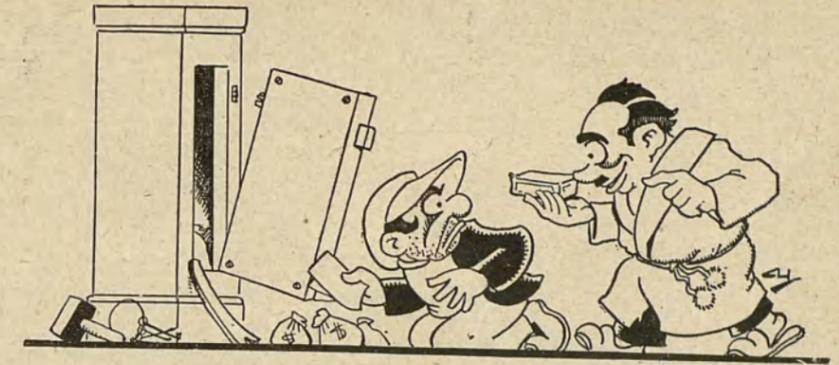
Dib. RABA.—Santander.



—Y tú, Maruja, ¿por qué no vas a los baños?

—Porque no sé nadar y he jurado no poner un pie en el agua hasta que sepa.

Dib. Pico.—Madrid.



—Ahora que ya ha abierto la caja, ¿tendría la bondad de destaparme esta latita?

Dib. URDA.—Barcelona.

Esto le decidió a franquear la entrada, dándole nuevos bocados, y como el cusco siguiera mostrándose bien contento y animado, con voz solemne, ante los sencillos vecinos de Arquetipo, le encargó: —¡Vete! Tu amo se ha perdido. Hace tres días que desapareció de entre nosotros. Tú lo sabes perfectamente, mejor tu estómago, y eres tú quien ha de encontrarle para alejar la consternación en que nos tiene su ausencia.

Todos convinieron en que Felipón hablaba bien y que sería bueno proponerle para alcalde.

*Leal* pareció entenderlo todo, y rápido husmeó por uno y otro lado del suelo hasta fijar una pista que comenzó a seguir precipitado. Tras él se fueron maravillados y haciéndose lenguas; porque todos la tuvieron pronto una cuarta fuera, del mucho correr.

Divisaron en esto, a una vuelta, una casa aislada, con corte de almacén, a la que ya *Leal* había llegado, y ante cuya puerta ladraba y arañaba rabioso. Así que estuvieron a su pie, y como nadie respondiera a sus llamadas, decidieron forzar la entrada, y ante sus ojos no se presentó otra cosa que una gran habitación, sin más luz que la que el hueco de la puerta dejara pasar, en cuyo centro se hallaban amontonados hasta tres grandes cajones que *Leal* olfateaba con incesante anhelo.

A todos quedó en suspenso la telepatía de un crimen horroroso. Precisamente, pocos días antes habíales leído Felipón en un papel de Madrid un crimen espeluznante de esos de *cajón* que hacen planiferas a las mujeres, becerros a los niños y temerosos a los hombres.

Pero no había otra solución que abrirlos para desechar o comprobar el mal pensamiento.

Las mujeres salieron espantadas dando grandes chillidos y pidiendo por todos los santos no se les dijera nada de lo que se encontrase, porque iban a morir de miedo. Estaban pálidas, y algunas, no

pudiendo resistir la emoción, caían en desmayo. No faltaba algún amable mozo que las recogiera y confortase con sus caricias. Ellas lo agradecían mucho, y en sus brazos, temblorosas, les suplicaban por lo que más quisieran en el mundo que no las abandonasen en aquel trance terrible.

A esto, ya los de dentro empezaban a desclavar las cajas. El tétrico chasquido de las tablas al quebrarse y los lúgubres aullidos de *Leal* tenían atemorizados a los de fuera. En especial, ellas, taponaban sus oídos llorosas, y gritando toda clase de exclamaciones incoherentes.

Al restallar de la madera se sucedió un silencio agobiador. ¡Poco duró! Porque unos ruidos extraños como de algo muelle, blanducho y pesado que cayera secamente contra el suelo, le estrangulaban con presteza.

Las mujeres ya no pudieron más. En su imaginación vieron los miembros del descuartizado Labrador lanzados a diestro y siniestro, y con gesto de terror y gritos espantosos rompieron en precipitada fuga. En su pánico arrastraron a los hombres que con ellas estaban, y oyéndoles los de dentro y no explicándose la razón del pasmo, corrieron hasta la puerta y desde ella el tío Felipón les vocó cuanto le permitían sus pulmones:

—¡Eh! ¡Chicos! ¡No corráis, que no es nada! ¡Venid! ¡Que no hay más que quesos de Cabrales en las cajas!

Al estado de lloros y agonía siguió el de la risa histérica y los comentarios regocijantes mientras se emprendió la vuelta a Arquetipo. Ya cerca de él se encontraron al Labrador. Venía del bosque cercano. Había pasado tres días de meditación, recitando versos de Horacio y tomando oxígeno. Pero los sencillos vecinos de Arquetipo ni le creyeron, ni se explicaron jamás por qué rara causa su fiel *Leal* había seguido el rastro de los quesos.

ANTONIO EGUIAGARAY SENAREGA

# VERANEO DESCONSOLADOR

La escena es a las diez y pasa en la estación del Norte. Sale con visible rapidez un mixto para Irún, y del andén la anchura recorre una tal Pura Ruidález del Veethún, mirando sin cesar a un coche de aquel tren que sale del andén con marcha regular, y queda poseída del más cruel arrebato, después de largo rato de triste despedida. Cual mono con resorte agita su pañuelo hacia el convoy que al vuelo se va con rumbo al Norte, y, al fin, la pobrecilla tan mal debe de hallarse,

que tiene que sentarse sobre una carretilla. El peso de la pena domina a la señora, y viéndola que llora como una Magdalena, la dice un empleado de los de la estación: —Señora, la aflicción de usted me ha impresionado. ¿Qué es lo que a usted le pasa? —Que el mixto que ha salido se lleva a mi marido. ¡Lo bueno de la casa! —Pues haga *usté* el favor de moderar su llanto y no se excite tanto. ¿No puede?... —No, señor. Es que he hecho con mi esposo reciente maridaje...

—¿Y el ser muy largo el viaje, y acaso peligroso, es la razón quizá de tanto desconsuelo? —No tal; ¡si es a Pozuelo donde mi esposo va! —Serérese, por Díos... ¿Y cuándo vuelve? —Pues... hoy mismo, en el exprés que llega aquí a las dos. Se indigna el empleado cuando esto le oye a Pura, y en voz baja murmura, marchándose a otro lado: —¡Retúnel! ¡Hay que ver!... ¡Y yo que nunca logro que se me vaya el ogro que tengo por mujer!...

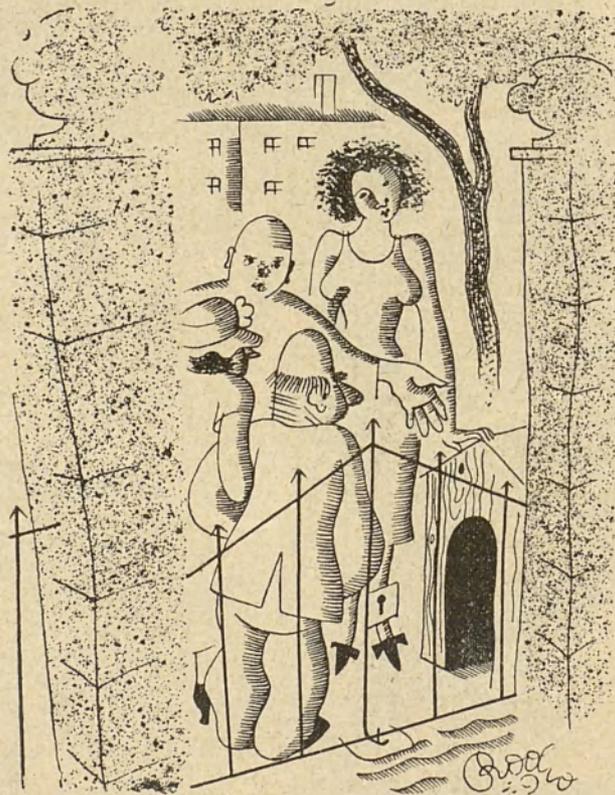
JUAN PEREZ ZUNIGA



—¡Quién fuese tú, que te pasas el veraneo en el campo! Allí harás vida higiénica, ¿no?

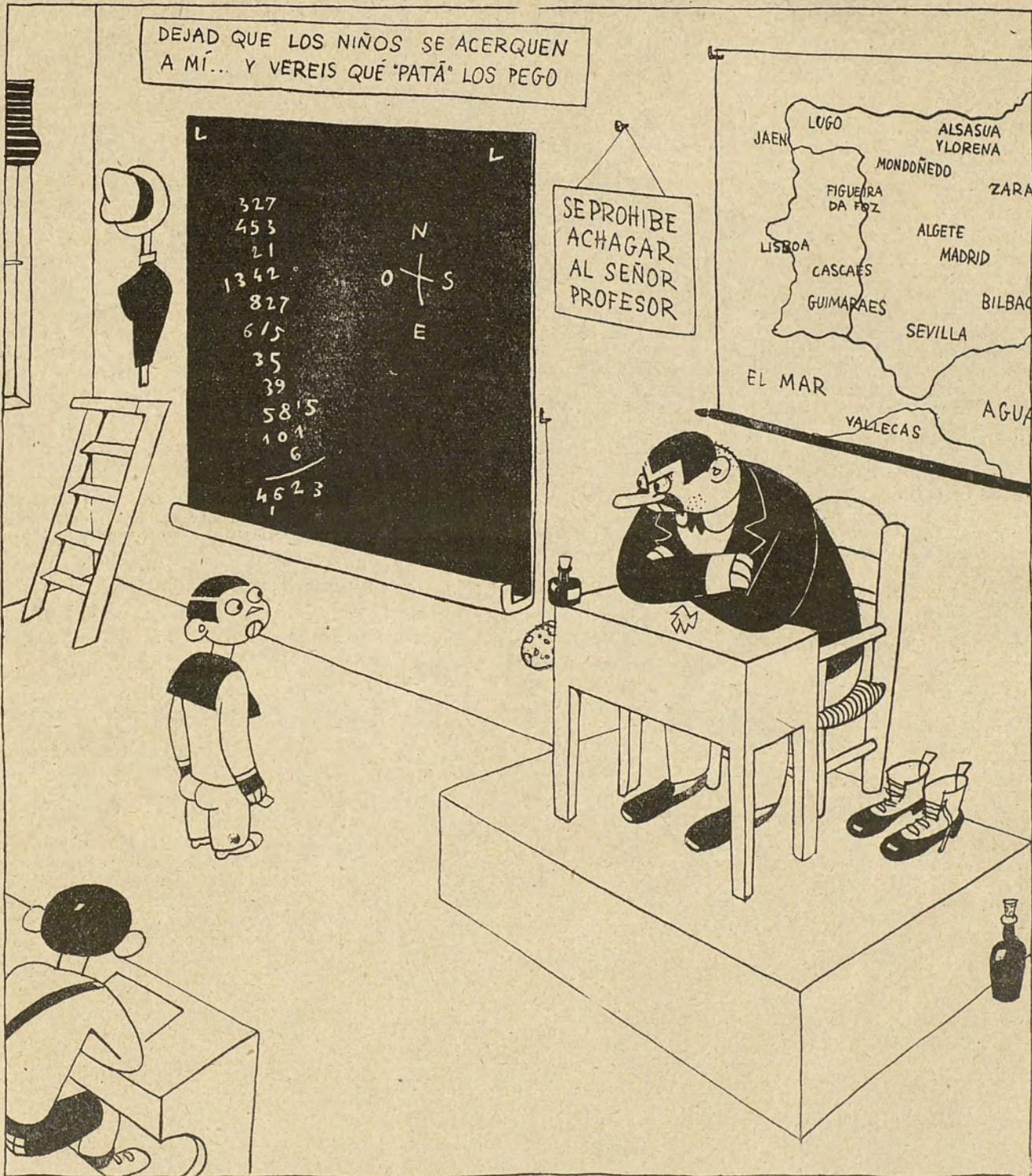
—¡Mucho! Me levanto a las doce, almuerzo, duermo la siesta hasta las siete, tomo el aperitivo, ceno, y a las diez me meto en la cama.

Dib. PILAR.—Cercedilla.



—... ahí el gallinero y aquí la casita del perro, y ya saben que pueden venir cuando quieran a esta su casa.

Dib. RODIO.—Zaragoza.



—No me sé la lección porque me he estado estudiando la Historia Sagrada, la Historia de España y la Historia Universal.

—Pues, para lo sucesivo, apréndase usted la Aritmética y déjese de historias.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

# UN ARTICULO "MORTIS"

Dentro del estrechísimo campo que le imponían sus facultades literarias, mi amigo Rigoletto Fernández se había especializado en el artículo necrológico. Ninguna pluma tan hecha como la suya a escribir esos renglones laudatorios por los que, aunque tardíamente, se nos enteraba de que el don Fulano que acaba de sentar plaza de cadáver era una persona bellísima y simpática, incapaz de beber agua en botijo o de soslayar un sablazo inferior a tres duros.

Los artículos de Rigoletto habían llegado a constituir la máxima preocupación de cuantos ciudadanos pululan por el globo terráqueo y han pasado ya de los cincuenta años; porque, repito, que a mi amigo no se le escapaba "fiambre" alguno por modesto que fuese y que su estilográfica tenía siempre el suficiente

ánimo para dedicar un elogio póstumo, bien copiando la biografía del *Espasa*, bien divagando sobre los peces de colores, bien recordando el día en que se encontró al difunto por vez última y en que éste, con la afectuosidad propia de quien no sospecha su próximo fin, le echó los brazos al cuello, para decirle: "¡Querido Rigoletto: tanto tiempo sin vernos!"

¿Cómo se descubrió en mi amigo aquella afición por las necrologías? No lo sé. Acaso, meditando que los muertos no habrían de suplicarle una rectificación; acaso, a raíz de fallarle un sablazo contra cierto psiquiatra a quien había bombeado un día sí y otro también, con cuyo desengaño juró no volver a empuñar su pluma para halagar a cosas perecederas...

Al principio le fué difícil su trabajo, más que nada por la dificultad de ponerse al corriente de cuantos individuos de importancia se mueren en el mundo; pero luego, merced a la cooperación de una empresa de Pompas fúnebres, con quien se puso en contacto, desapareció esa dificultad. De aquí que cuando aun nadie sospechaba que Fulano acababa de "diñarla" víctima de un derrame cerebral, de un cólico hepático o de un atropello de triciclo, mi amigo Rigoletto anduviese ya por la Redacción de su periódico con el artículo necrológico bajo el brazo, intentando convencer al redactor jefe de que aquella muerte requería un fondo de dos columnas.

Y pasó el tiempo.

Hasta que un día mi amigo Rigoletto —siempre con sus artículos necrológicos por los que le pagaban cinco duros en el periódico— se hizo rico cuando nadie lo esperaba. Ocurrió ello a consecuencia del naufragio del "Comte Perez", trasatlántico de veintidós mil toneladas que se fué a pique a causa de haber chocado contra unas rocas en las costas del Océano Pacífico en el preciso instante en que llevaba a bordo a una numerosa representación de intelectuales de múltiples países de Europa, que marchaba a la clausura de unos Juegos florales de Polinesia. Yo no sé los artículos que cayeron entonces, pero tal pasaron de dos mil. Y he aquí que cuando el pobre Rigoletto se disponía a construirse un hotel con el fruto de su necrológico trabajo, cayó en cama y falleció tres días más tarde.

Yo estuve en la casa mortuoria y no pude menos de emocionarme sinceramente viendo cómo aquella mano que había escrito tantas estupideces estaba ya inmóvil para siempre. "¡Pobre Rigoletto!"—pensé.

Y ya iba a salir cuando noté que el cuerpo se movía, que se incorporaba sobre un costado y que al ver los cirios que rodeaban su ataúd, inquiría:

—Pero... ¿es que me he muerto?

—Eso dicen—contesté yo por hablar algo.

Entonces Rigoletto Fernández se levantó de aquel extraño lecho, fué hacia la mesa de su despacho y luego de coger pluma y papel... ¡se hizo un artículo necrológico de tres columnas!

Después, con la seriedad propia de tales casos, tornó al ataúd, se tendió en él, respiró satisfecho y se murió de nuevo con una sonrisa que no bastó a borrar el estacazo que le propiné en mitad de la nuca para cerciorarme de si estaba real y verdaderamente muerto.



—¿Por qué llevarán esas hojas de parra en la cabeza?

—Será porque van de parranda.

Dib. IÑAURRI.—Bilbao.

MANUEL LAZARO

# El desenrollador de serpentinas

Hemos dicho en algunas ocasiones que deberían ser clasificadas las diversas especies de hombres lo mismo que son clasificadas las diversas especies de cangrejos, de mosquitos, de palomas.

Hay variedades infinitas de hombres que no están clasificados a estas horas. No basta decir de tal hombre o de tal otro: "¡Qué animal!" Es necesario decir qué clase de animal. A veces ya se dice: "Fulano es un besugo, es un percebe; un ganso, un zorro, un buey; un águila, un cordero." Pero hay otras variedades que no saltan a la vista con la misma evidencia que éstas, y por eso no ocupan su lugar en la escala o escalera de los seres más o menos vivos.

Una de éstas es el hombre de que queremos hablar hoy. Es un hombre "razonable". Eso sobre todo. El presume de ver las cuestiones con extraordinario buen sentido; sin exageraciones; dándose cuenta perfecta del término medio y justo, entre la exageración por exceso y la exageración por defecto; y que ni lo dice y lo explica; lo expone y desenrolla; lo desenrolla y desarrolla ce por ce ante el auditor o auditorio, que tiene que estarle oyendo siete horas y diciendo: "Sí, sí, sí... Que sí, hombre, que sí... Desde luego, desde luego."

Se caracteriza esta especie por dos cosas: porque todas las cuestiones de que trata son de una sencillez y una evidencia aplastantes; cuestiones que no tienen vuelta de hoja, y que todo el mundo ve desde los primeros momentos; y porque se está siete horas insistiendo en la cuestión, haciendo ver lo claro que está aquello.

Por eso le llamamos el desenrollador de serpentinas; porque se encuentra en el caso de un hombre que nos dijera: "Esto es una serpiente... No se vaya usted a creer, a lo mejor, que es una rosquilla... Es una tira de papel enrollada..., una tirita estrecha..., que se enrolla apretando mucho, mucho..., por eso se llama serpiente, porque es una tira larga enroscada en espiral...; su nombre mismo lo dice..., y está bien, está bien ese nombre... Mire usted, ¿ve usted?, rompiendo por aquí sale la cinta de papel, ¿ve usted?... y sigue más y más... Toda la serpiente está así; no hay más que cinta de papel... Aunque está tan dura, tan dura, no es más que papel..., ya se ve..., vaya usted viendo: papel... Y es que el papel cuando se lía en espiral y se aprieta mucho, mucho, se pone muy duro, muy duro..., parece madera...; pero, no: es papel... Mírelo usted."

Y usted, que, desde luego, desde que era pequeñito, tuvo, conoció y manejó las serpentinas, sabe ya que es una tira,

que está envuelta, que es papel; que se enrolla y se desenrolla, y sabe, desde hace mil años, todito lo que aquella especie de hombre no se cansa de exponer y detallar, sin que acabe nunca...

Es una variedad de las más temibles que existen; desespera como el mosquito, pero anonada al mismo tiempo como un día de bochorno... No hay manera de

matarle, porque ¿qué decir a un hombre que no habla mal de nadie, ni nos ofende, ni critica, ni discute; que no hace más que exponer una cuestión inocente, por completo inofensiva, transparente como el cristal y sin hiel como el palomo? Hay que darle las gracias encima, por habernos regalado una creación tan perfecta como la suya...



- ¡Chica: al fin he logrado saber dónde pasa las noches mi marido!  
 —¿Sí? ¿Dónde?  
 —En casa. Anoche tuve que quedarme, y me enteré de que no salía ninguna noche.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

Y no le faltan nunca ni motivos, ni temas, ni ocasión... El desenrollador de serpentinas está siempre dispuesto a desenvolver su buen sentido: en el tren, en las visitas, en la tertulia del Casino o del café, donde nos pille.

Y siempre tiene asuntos. Que hace calor: el calor. Que hace frío: el frío. Que hace a veces calor y a veces frío, pues igual, o mejor; más asunto.

—Este tiempo que tenemos, sí..., no hay duda; por una parte está bien; pero por otra, no hay duda, tiene sus inconvenientes... Porque cuando hace calor, ya dispone usted su vida para defenderse del calor: entorna las maderas, riega usted el suelo, se compra trajes ligeros... No es que vaya usted por completo—no, eso, no—a prescindir de la ropa, porque—aparte la moral—hay una cuestión de estética; y otra cuestión de urbanidad—la urbanidad no estorba a nadie; esa es la mía; no digo que esté bien ser un etiquetero, eso no; pero urbanidad moderada, no estorba ni aun en casa; porque también la familia merece su atención, y hay también unos modales para andar por casa... Algunos se ponen desnudos, y ni siquiera desnudos; si fuera siquiera desnudos, menos mal; el desnudo no está bien, pero tampoco está del todo mal; podrá ser escandaloso, pero tiene siquiera una estética: el cuerpo humano ha sido en muchas épocas una fuente..., una fuente de belleza... Hay obras de escultura que son inmorales y que son, sin embargo,

desnudos; pero no todo el mundo es estatua, y si usted tiene barriga, y encima de enseñarla y de atentar a las leyes del pudor y del decoro, atenta usted en almilla, no está bien... Y a más que, también, también se cogen resfriados, no se crea... Porque, incluso en el verano, si usted se pone, en plena digestión, entre dos puertas, y le pasa una corriente, se le puede cortar la digestión... Pero hay modos, hay modos y hay recursos de defenderse del calor en cierto modo... No digo que del todo; pero, en parte... Cuando el calor dice "¡allá voy!", entonces, amigo mío, sobre todo en el centro del día, se pasa calor, no hay remedio... Pero si tiene usted la casa en condiciones...

Etcétera, etcétera, etcétera. Cien metros de serpentina acerca del calor...

—Y con el frío lo mismo... Con el frío hay más defensa. Para el pobre, no..., eso, no... Para el que no tiene ropa, ni casa, ni paraguas, ni dinero, ni tiene dónde meterse, y a veces ni qué comer, para ése los meses de frío son peores que los otros... Pero el que dispone de estufa, y de gabán, y de guantes, y de calcetines de lana..., para ése el frío no es tan temible...

Etcétera...

Cien metros de serpentina acerca de los modos más corrientes de defenderse del frío...

—Pero cuando no se sabe si ha de hacer frío o calor, entonces es peor... Porque va usted por el sol y suda us-

ted, y pasa usted a la sombra y se le enfría el sudor, y ya tiene usted el enfriamiento encima... Y si se abriga usted, tampoco es solución, porque suda más, y ¡claro!...

Y ¡tan claro!... Todo está claro; clarísimo; pero cualquiera diría que no, porque el desenrollador de serpentinas se pasa horas y horas sin que el desenrolle tenga fin...

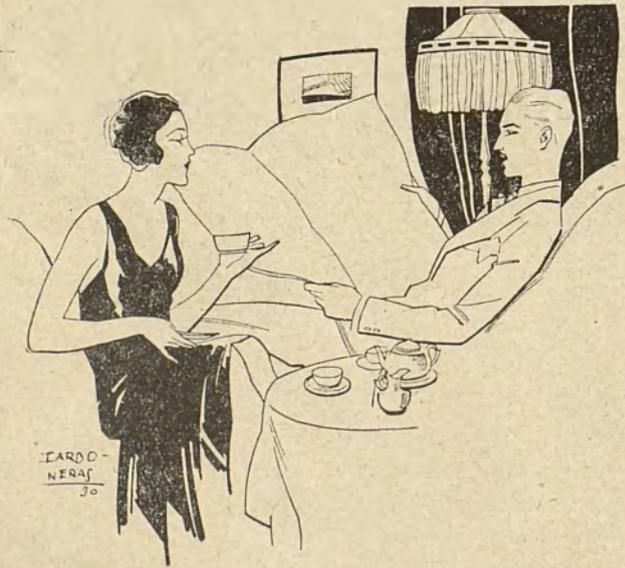
No digamos nada cuando el asunto se complica y nuestra adversidad consiente que haya entre las personas que forman nuestra tertulia algún desenrollador del mismo tipo. Entonces, es el acabose, porque cuando el primero se marcha, después de las varias horas de desenrollar reflexiones, toma el otro la palabra y exclama:

—¡Qué buen sentido tiene este hombre!... ¡Da gusto oírle hablar!... Porque es verdad lo que dice... Usted del calor se defiende, y del frío, mal que bien, también puede defenderse... Pero ¿qué hace usted con un tiempo en que viene de pronto calor y viene de pronto frío?... Si usted se abriga...

Etcétera.

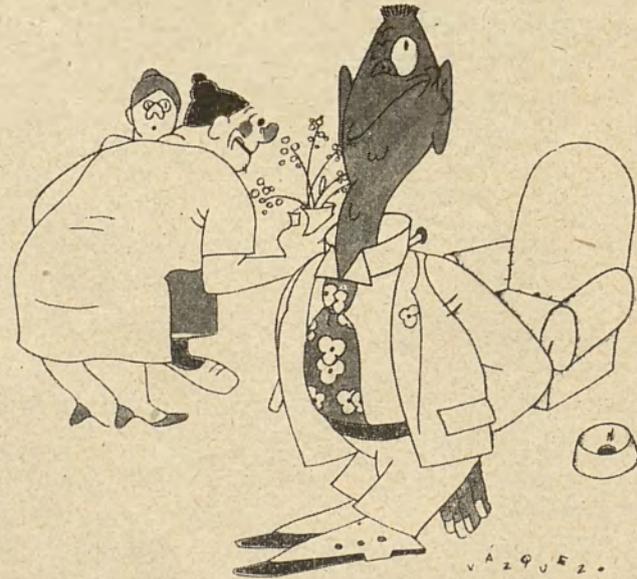
Pero, en la realidad, no hay etcétera que valga, y la serpentina va soltando, uno tras otro, más metros y más metros y más metros... ¡Dios libre a ustedes, amén, del desenrollador de serpentinas!...

MANUEL ABRIL



El (leyendo).—"Un soltero ha dejado toda su fortuna a la mujer que no se quiso casar con él." ¡Y aun dirán que no hay gente agradecida!

Dib. CARBONERAS.—Madrid.



—El jefe de mi oficina no me ha llamado idiota nunca.  
—No lo dudo; pero bien se ve que es un adulador.

Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.

# PREMIO A LA VIRTUD

El señor Mamerto Rebollo era uno de esos hombres buenos de nacimiento. Empezó dando muestras de su bondad arrojándose una tarde de enero al estanque del Retiro, con un abrigo que acababa de estrenar, para salvar la vida de un individuo que, queriendo dar por terminada su existencia, se precipitó por la barandilla. Luego, en otra ocasión, detuvo el galope de un caballo cuando ya iba a estrellar a su jinete. Devolvió dos o tres carteras con dinero, restituyó varios objetos perdidos de valor. Con todo lo cual se hizo una aureola, bien justa por cierto, de virtuoso y abnegado, que la Academia de Ciencias Morales y Políticas le incluyó entre los aspirantes al premio a la virtud y se lo adjudicó finalmente, por unanimidad, entregándole un diploma y unas pesetas en un acto solemnisimo donde se derrocharon las alabanzas y los elogios para él, aureolándole con la preciada distinción.

El señor Mamerto, con las pesetillas, montó un pequeño negocio de cacharrería, puso un marco al diploma y se dijo para sus adentros: "a vivir, y santas Pascuas".

Pero no hay nada peor que ser bueno oficialmente. Todo el mundo que tenía apuro en la vecindad o hasta en el barrio, o tal vez hasta en el distrito, pensaba en el señor Rebollo para que se lo solucionara.

Empezó con los hijos sin padre. Como él era soltero y sin compromiso, las pobres madres abandonadas inscribían el fruto de sus amores clandestinos con el apellido del señor Mamerto, y los Rebollo se multiplicaban.

Tropiezo que había en el barrio, ya se sabía, al cacharrero; y es lo que él decía:

—¡Caray, bueno que deis un tropiezo, pero es que no miráis por dónde vais!

En la cacharrería todo se lo llevaban fiado. Todo el mundo le lloraba. Haciéndole pucheros se le llevaban las tazas, los platos y los botijos.

Llegó un momento en el cual ya la vida se le hacía imposible al cacharrero. La gente, invocando el diploma, abusaba de él en una forma que pensó en la conveniencia de desacreditarse, de hacerse malo para destruir la buena fama que tanto le perjudicaba, y un buen día cogió el cuadro que contenía el premio a la virtud, lo pisoteó, lo rasgó y se dispuso a procurar tener el peor comportamiento.

Pero en estas cosas no basta querer. Su manera de ver la maldad era tan peculiar que la gente veía bondad en sus maldades.

Fumaba como un carretero (según palabras suyas), pero como fumaba de lo más barato, los que le conocían le consideraban como un mártir voluntario de la Tabacalera.

Bebía, y lo achacaban a que injería alcoholes sacrificándose para que, al verle borracho, los demás aborrecieran la bebida.

Quiso agredir a una mujer que fué a comprar un soplillo, para demostrar su mal corazón y su desprecio del sexo, pero tropezó con una mujer que le gustaba que la zurraran, y al primer amago cayó en sus brazos y le dijo que o suya o capuchina.

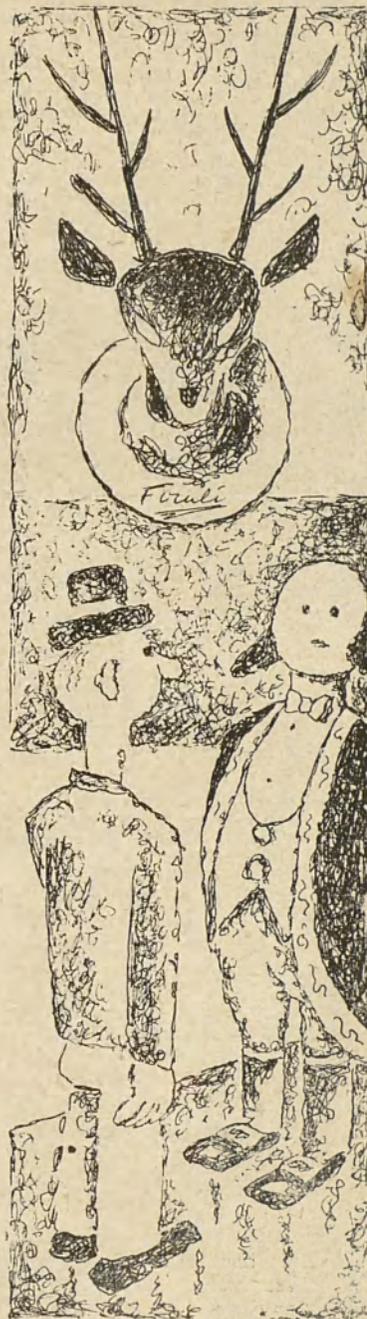
Llegó, en su locura de desacreditarse, a declararse autor de un crimen horrendo, cuyo autor se buscaba infructuosamente, pero lo hizo ante unos gitanos ladrones de caballerías que entraron en la cacharrería a comprar unas varas, y cuando esperaba ser repudiado y delatado por criminal, sólo consiguió que aquellos hombres, curtidos en el delito, admiraran su valor y su acometividad para el crimen y le consideraran un hombre muy hombre.

Formó una partida para echarse a robar a los montes de Córdoba, contratando a sueldo a los forajidos más desacreditados. Ya en pleno bandolerismo fundó un Montepío para las viudas y los huérfanos de los atracados, desquitándose un tanto por ciento de lo robado a los de su partida. Prohibió que se robara los domingos y fiestas de guardar.

En fin, que se las arregló de manera que, tratando de ser cruel, resultaba altruista; queriendo desacreditarse con el bandillaje, dió tales ejemplos e hizo tales cosas con los de su partida, que aquellos hombres de corazón de hiena sufrieron tal transformación que, en lugar de hacerse malo el señor Mamerto Rebollo, se le hicieron buenos, buenos los bandidos, profesando en un convento de las cercanías.

Y como las noticias corren, esta conversión, llevada a cabo por el cacharrero, se supo en Madrid, y no sólo no le quitaron el premio a la virtud concedido, sino que se lo volvió a conceder la Academia de Ciencias Morales y Políticas aquel año.

ANTONIO PLANIOL

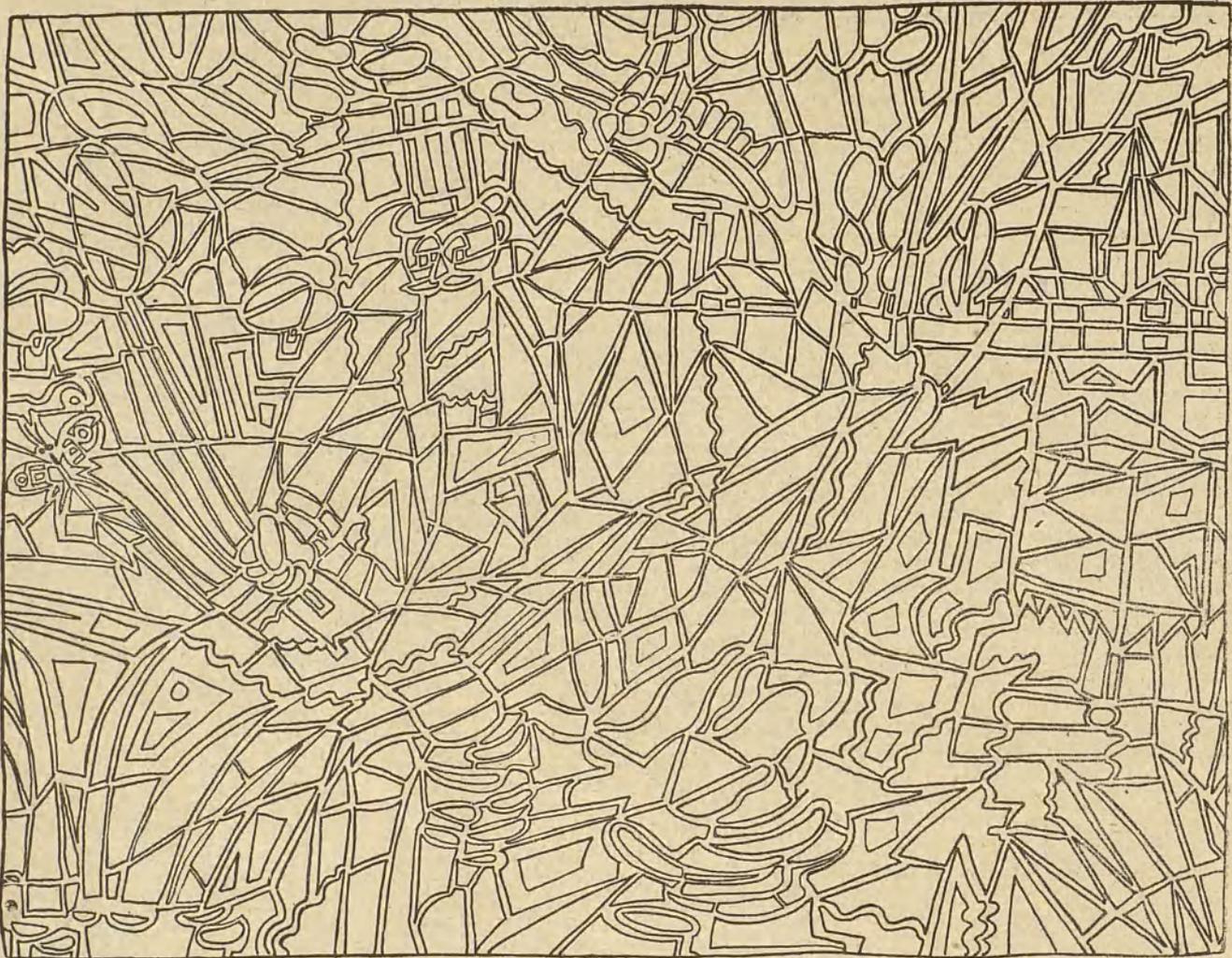


—El señor está ahora ocupado.

—Siempre dice usted igual.

—Pues ahora no puede salir porque le está pegando a su señor padre...

Dib. PIRULÍ.—Habana.



# NUESTROS CONCURSOS

## EL DEL MES DE AGOSTO

Y va de concurso...

Esta vez Sama estaba, por lo visto, con anginas cuando dibujó el concursito y ha decidido que nuestros adorados solucionistas se vean atacados por la espalda de meningitis al observarlo para maquinarse la solución.

Por lo demás, el que quiera matar a Sama que se pase por esta Redacción cualquier día laborable, de cuatro a ocho, que está amarrado en un sillón, a disposición del que ansie atizarle.

Y va de concurso (segunda vez). Se trata de lo siguiente:

En ese laberinto de rayas que encabeza estas líneas se oculta un dibujo; diremos más: se oculta una esce-

na campestre, cuyas verdaderas líneas han sido disimuladas por otras líneas superfluas a fin de establecer la debida confusión y que el dibujo no se advierta sino a fuerza de estudiarlo, mirarlo, mirarlo y darle vueltas.

El concursante tiene que coger un lápiz o una pluma, sentarse ante ese laberinto de rayas, adivinar por dónde van las líneas verdaderas, despreciar las líneas falsas y señalar con la pluma o el lapicero las primeras, hasta que el dibujo oculto resplandezca como un sol meridional o un picaporte recién frotado con gamuza.

Luego... lo de siempre, enviarnos el dibujo bajo sobre, con las señas correspondientes y un sello para que llegue, etc., etc.

Y para estos concursantes destinamos

¡¡DOS PREMIOS!!

de

¡¡CIEN PESETAS CADA UNO!!

¡¡Doscientas pesetazas dispuestas para ustedes!

¿Hay quien dé más?

No. No. No. No.

Si lo aciertan dos lectores, les arrearémos un billete de veinte duros a cada uno. Si lo aciertan más de dos, el correspondiente y socorrido sorteo...

El plazo de admisión de originales se cierra el 31 de agosto, a las dieciocho.

A ver si nos animamos, señores.



## El empollón contesta Por Federico Karinthy

El empollón está sentado en el primer banco, donde hay sentados tres alumnos; él en medio; él, el empollón Steinmann. Su nombre no sirve tan sólo para designar a un individuo, sino que aquel nombre es todo un símbolo; los padres de todos los alumnos conocen aquel nombre. “¿Y cómo es que Steinmann se la puede aprender?”—preguntan los treinta y siete padres de los treinta y siete alumnos... “Dile a Steinmann que te la explique”—le dice el padre a su hijo; y, en efecto, el hijo se lo pregunta a Steinmann. Steinmann se sabe todo anticipadamente: hasta aquello que el catedrático no ha explicado todavía. Colabora en las revistas matemáticas, sabe palabras misteriosas, de las que únicamente se enseñan en la Universidad. Hay cosas que también nosotros las sabemos; pero el modo como Steinmann las sabe es la certeza, lo Absoluto.

Steinmann contesta.

Es aquel un momento extraño y solemne. El catedrático mira durante largo tiempo su lista, y una tensión mortal se esparce por toda la clase. Cuando más tarde leyó la historia de la Revolución francesa me enteré de cómo llamaban a los condenados a muerte; de ese modo es como siempre pude imaginarme la escena. Las inteligencias hacen un postrer y sangriento esfuerzo—pasan aún dos segundos, durante los cuales todo el mundo sigue repitiéndose “in mente” la fórmula de la progresión geométrica—. “Señor profesor, estoy preparado”—se dicen. Uno se inclina sobre su cuaderno, como el avestruz, para disimularse y que no la vean, mete la cabeza entre las alas. Otro mira fijamente al catedrático, como si quisiera sugestionarle. Un tercero pierde toda energía y cierra los ojos; que el hacha caiga sobre su nuca. Eglmayer, el último del banco, se oculta por completo detrás de la espalda del gordo Deckmann: él no está presente, no sabe ni una palabra, que le crean ausente, que borren su nombre de la lista de los vivos, que no vuelvan a acordarse de él: R. I. P.; no quiere tomar parte en las luchas de la vida pública.

El catedrático hojea su lista, y a medida que va pasando de la letra

A a la Z nacen unos temores y renacen esperanzas. Pero de pronto el profesor cierra la lista y dice en voz baja, solemnemente:

—¡Steinmann!

Brota un suspiro profundo y liberador, una atmósfera excepcional y solemne. Steinmann se pone rápidamente en pie, y el que está a su lado sale del banco y se queda a un lado, en pie, modesto y cortés, mientras el empollón sale de su sitio; es como un guardia de Corps, mudo y decorativo comparsa de un gran acontecimiento.

El mismo profesor adopta un aspecto solemne. Se sienta de lado y reflexiona, juntos los dedos. El empollón se acerca a la pizarra y coge el clarión. El profesor reflexiona. El empollón agarra la esponja y comienza a limpiar rápidamente el encerado; hay en aquello una distinción y una altivez infinitas; con aquello quiere indicar que tiene tiempo de sobra, que no tiene que devanarse los sesos, que no tiene miedo, que él siempre está preparado, que mientras le preguntan quiere hacer algo útil a la sociedad, que le sobra tiempo para pensar en la limpieza pública y en el progreso pacífico de la Humanidad; y deja el encerado tan limpio como una patena.

—Bien—dice el profesor, arrastrando las palabras—. Vamos a poner un ejemplo interesante...

El empollón tose cortésmente y con infinita comprensión. Claro, un ejemplo interesante, digno, de la situación interesante. Mira al catedrático seria y calurosamente, como una bella condesa a la que un conde hu-

biese pedido la mano, y que, antes de contestar, mirase con comprensión y simpatía a los ojos del conde, sabiendo que aquella mirada habría de fascinarle, y que él sospecharía, con temblorosa dicha, que la respuesta sería favorable.

—Tomemos un cono...—dijo el conde.

—Un cono—dijo Steinmann, o sea la condesa.

Parecía decir: “Yo, Steinmann, el mejor alumno de la clase, tomo un cono porque, siendo el más apto para ello, estoy encargado de ello por la sociedad. Todavía no sé para qué he tomado este cono; pero, pase lo que pase con este cono, no temáis nada, que aquí estoy yo.”

—Por otra parte—dice bruscamente el catedrático—, tomad antes una pirámide truncada.

—Pirámide truncada—repite el empollón de una manera todavía más comprensiva, si es que era posible. El estaba con la pirámide truncada en las mismas amistosas relaciones, aun siendo cosa más difícil, que con el cono.

La contestación dura poco tiempo. Se entienden con medias palabras, y poco a poco nace un diálogo íntimo entre él y el catedrático; aquello nosotros no lo entendemos, es cosa de ellos; dos almas gemelas que se unen ante nosotros en el éter de las ecuaciones diferenciales. En medio de una frase se le ocurre al profesor la idea de por qué charlaban, que no era otra que una interrogación con el fin de juzgar el progreso del alumno. El empollón ni siquiera tiene que terminar la frase. ¿Para qué? ¿Acaso hay la menor duda de que sabe terminarla?

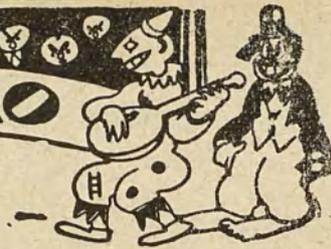
El empollón se sienta amablemente y como es debido. Un momento después escucha con gran interés el lamentable balbuceo del alumno preguntado a continuación suya. A una palabra de éste sonríe irónicamente, aunque con discreción, y a hurtadillas busca la mirada del profesor, para que vea que, aunque nada dice, desea dar a entender con aquella irónica sonrisa de qué modo tan claro está desatinando el preguntado y qué es lo que debía de haber contestado.



—Mamá, cómprame un caballito como éste con traje de baño.

(De *Le Rire*.)

# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente dirección y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Entre amigos:  
—¿Sabes, Julita, que tu marido es un sinvergüenza?  
—¿Y por qué?  
—Porque ayer me pidió relaciones.  
—No te apures, mujer, pues a todo hay quien gane. Más sinvergüenza es el tuyo, que hace un mes que las tiene conmigo...

Uno que no tiene tupé  
(San Sebastián).

En un almacén de tejidos:  
Un golfillo (encarándose a un dependiente).—¿Tiene tela?  
El dependiente.—¿Qué clase de tela, en color o blanca?

## ALBERTO Pulseras de pedida. 7. CARRETAS, 7

El golfillo (haciéndose el distraído).—Que si tiene tela le digo...

El dependiente.—Ya le he dicho que sí.

El golfillo.—Pues présteme diez pesetas hasta que el BUEN HUMOR me dé el premio.

F. de M. (Zaragoza).

Entre unos curiosos, a la llegada del príncipe de Asturias:

—Oye, tú, ¿dónde está el "sequito" que dicen acompañar al príncipe?

—No sé; todos los que veo son gordos.

Bubi (Barcelona).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

- ¿Por qué lloras, niño?
- Porque mi hermano tiene vacaciones y yo no.
- ¿Y por qué no las tienes tú?
- Porque yo no voy al colegio aún.

Opaco (Almería).

TAPAS para encuadernar colecciones  
semestrales de

## BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



—No te olvides, Juanita, de telegrafiar a tu mamá diciéndola lo hermoso del tiempo que estamos disfrutando.

(De The Passing Show.)

Entre policías:

—¿Sabes que mi mujer se ha comprado una máquina de hacer medias?

—¡Hombre! Pues di tu compañero, no tu mujer.

—¿Por qué?

—Porque también se dedicará a coger "puntos".

Tranquilo (Zaragoza).

El profesor (a un alumno que es hijo de un especialista afamado).—Veo, Carlitos, que no pone usted atención a mis explicaciones.

El alumno.—Sí, señor.

El profesor.—No, señor; y.

## Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS  
ECONÓMICOS. CON AIRE  
ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO  
Fuencarral, 68. — MADRID

por lo tanto, me veo en la necesidad de hacer una visita a su padre.

El alumno.—Pues ya puede llevarle diez duros, que es lo que suele cobrar por visita.

Enrique Soto y Soto.

Conversación pillada al vuelo:

—Todos los nombres de mi familia empiezan con "I".

—Me extraña.

—Pues es verdad: mi mujer se llama Eleuteria; mi hija, Elena, y a mí me llaman "el Hermoso". Con que ya ve usted si empiezan o no empiezan con "I".

Alejandro Guagnine  
(Tánger).

Una pareja de enamorados va en un auto, y se le pone delante una gallina.

# Cantares

No me cuentes esa infamia. Si es mentira, no se dice, y si es que es verdad, se calla.

No me pidas que te olvide, porque aunque lo pretendiera yo no sé hacer imposibles.

Ya no me importa morir sabiendo que tú me quieres y que has de llorar por mí.

Tu boca pide caricias, tus bellos ojos amor, y tu cuello pide a gritos un estropajo y jabón.

Mira si es mala mi suerte: cuanto más lejos te tengo me entran más ganas de verte.

Antes de elegir marido piénsalo bien, Dorotea, que hoy hay pollo que se ondula, se depila y se maquea... Y si a "esto" le llaman "hombre" que venga Dios y lo vea...

José DOZ

Ella.—Para el coche, Rafael, que vas a matar esa gallina.

El.—No te apures; por detrás viene un mendigo.

Fermín Prior (Bilbao).

—¿Por qué está usted preso?

—Por dedicarme a la competencia.

—¿A la competencia?

—Sí, señor: yo hacía la misma clase de billetes que hacía el Banco de España.

P. P. T.—Sevilla.

De visita:

Anita, una señora más cuidadosa de las cosas ajenas que de las suyas mismas, visita a su amiga Teresa; y al llegar a su casa le indica la doncella que aquella hacía un momento que había salido de compras. Se espera un ratito; y mientras, advierte que sobre la mesa, y también sobre otros muebles, hay mucho polvo; y calificando para sus adentros a su amiga de sucia y descuidada, estampa con el dedo sobre la mesa la palabra "cochina", yéndose poco después viendo que tarda mucho en llegar.

Da la casualidad de que se encuentren pocos días después por la calle Anita y Teresa, y luego de hablar un poquito, Anita le dice:

—El otro día fui a verte y no estabas en casa.

A lo que respondió Teresa:

—Sí; ya encontré tu tarjeta sobre la mesa.

J. G. O. (Tárrega).

Un individuo está pescando a la orilla de un río en el que está prohibida la pesca. Un guarda que pasa por allí le interroga de la siguiente manera:

—¿Qué es lo que tiene usted en la mano?

—¿Esto? Una cañita.

—¿Y lo que está amarrado a la cañita?

—Un pedazo de cuerda.

—Bien; pero ¿qué es lo que pende de la cuerda?

—¿De la cuerda? Una lombriz.

—¿Cómo! Entonces, ¿está usted pescando?

—¿Pescando yo? No, señor; estoy enseñando a nadar a la lombricita.

A. Liendo (Bilbao).

El apuro de las botas:

Unos amigos estaban invitados a una boda en un pueblo

vecino. Uno de ellos le dice a otro:

—Hombre, José; no puedo ir a la boda, y lo siento; pero no tengo botas.

—No se apure—le dice el otro—, que yo le dejaré las mías.

Van camino de la boda los amigos reunidos, y el dueño de las botas le advierte a cada instante:

—¡Cuidado, amigo, por aquí, que hay mucho barro, y las botas...!

Pocos pasos más allá, otra vez:

—¡Cuidado, hombre! ¿No ve dónde pisa?...

Cuando llegaron al pueblo, el de las botas prestadas estaba frito.

—Compadre—le dice al padrino—, José me ha prestado unas botas y me viene que-

**CUPON**  
correspondiente al núm. 455 de  
**BUEN HUMOR**  
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

mando la sangre todo el camino.

—Pues devuélvaselas usted, que yo le daré unas.

Cuando regresaba la comitiva iba el hombre tan satisfecho de verse libre de aquel abejorro que le amargó el convite antes de llegar, cuando le dice el compadre para molestar a José campechanamente:

—No vaya usted encogido, hombre; salte usted y brinque usted, que "pa" eso las botas son mías.

Cédula 539.896.



La última novedad en flotadores.

(De London Opinion.)



# Correspondencia muy particular



Aniceto (Colmenar Viejo).

Lo siento mucho, Aniceto; pero debo confesarte que eres un bestia completo; aunque, de bestia al tratarte, lo haga con todo respeto para evitar molestarte.

Burguillo (Madrid).—Como dice usted que, si le decimos que "no", se va a llevar un disgusto casi mortífero, le diremos que "quíá", y así no se lleva nada y nosotros nos evitamos un terrible remordimiento.

Para camisas a la medida

**Madrid-Viena**

**M. PEÑA**

Montera, 41.—Tel. 16662

P. de J. (Gijón). — ¡Pero, hombre! ¿Cuántas veces vamos a tener que decir que un soneto amoroso en BUEN HUMOR es una cosa tan incongruente y tan infame como lo sería un "jazz-band" en una misa de "réquiem"?

G. G. (Madrid).—Hemos recibido sus reiteradísimas remesas de "monos", y como creemos observar en usted condiciones apreciables para el caso, nos permitimos rogarle tiernamente que apriete un poco más y acabaremos por publicarle algo el día que usted menos se figure.

G. Bosch (Valencia). — El dibujo no está mal, ilustre amigo; pero el chiste que le sirve de tema lo hemos publicado ya en BUEN HUMOR. Y hace muy pocas semanas, por cierto.

P. M. M. (Zaragoza). — Su trabajo literario y algo fantasmagórico, que usted cree no publicado, salió a la pública y descaradísima luz en uno de los números de nuestro adorado BUEN HUMOR, correspondiente a la ya pasada pri-

mavera. Búsquele usted, que es el que tiene la obligación ineludible de hacerlo, y verá usted cómo lo encuentra en seguida. Nosotros no podemos perder el tiempo en una minucia tan intrascendente, y bastante hemos hecho con recordar la fecha aproximada en que tuvo lugar el fausto acontecimiento. Fausto para usted, naturalmente, porque para nosotros no llegó a ser ni Anacleto siquiera.

Rodrigo (Huelva).

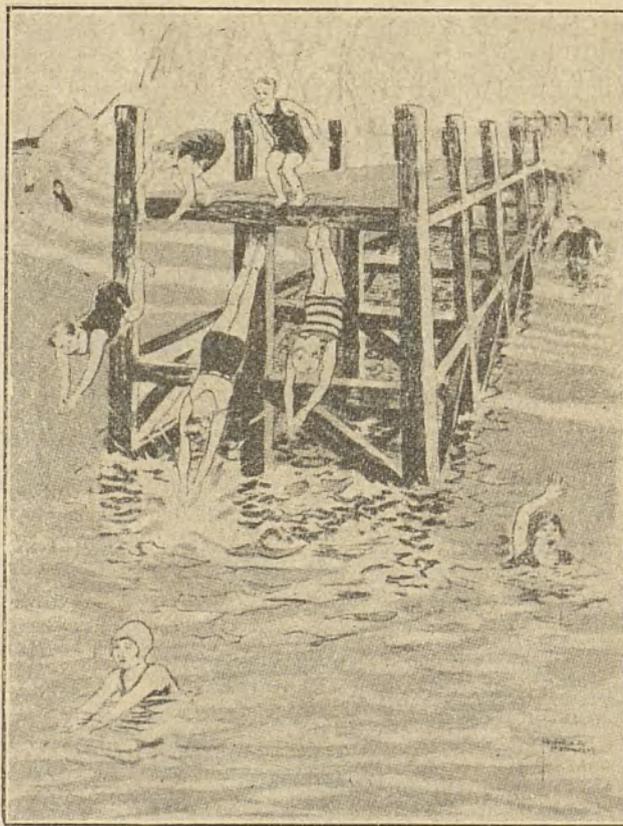
Eres tan bruto, Rodrigo, que no cabe más "brutez". Perdona si te lo digo con airada rotundez.

G. y G. (Barcelona).—Del imponente cerro de trabajos que

nos ha remitido usted, después de nuestro trágico disgusto acaecido por las cercanías del día de San Pedro, le diremos que el aceptado para su publicación ha sido el que está en prosa vil, siendo desestimados los seis poéticos envíos restantes.

Y celebrando que haya usted depuesto su fiera actitud, de la cual no iba usted a sacar nada (ni siquiera la rebaja de la cédula), nos ponemos a sus órdenes, después de perdonarle generosamente, como usted habrá visto por nuestro noble proceder.

Pantaleón Aristofanesco (San Vicente de la Barquera). No sirve.



Un grito de auxilio.

(De Candide.)

M. S. P. (Medina del Campo).—Como usted dice que nos remite sus versos para que tengamos la bondad de publicarlos, y como no nos atrevemos a tener la maldad de hacer lo contrario, quiere decirse que los vamos a publicar, pero que ahora mismo.

Allá van:

"Bajo el sol ardoroso de un cielo azul bermejo, el campo se ha dormido en la cama del tiempo. Sobre los verdes chopos que vigilan su sueño, los ojos de las aves brillan como luceros. La brisa es suave, suave, tan suave, que un conejo llora entre unos arbustos de placer, y allá lejos, muy lejos, se divisa un verde riachuelo donde tañen las ranas sus alegres panderos. Pasa un rico labriego sobre un pobre jumento, y desde un pino blanco les saluda un vencejo. El sol arde en el cenit con su antorcha de fuego; una fuente solloza, porque ladra un podenco. La tarde, lentamente, agoniza en el silencio, porque llega la noche en las alas del viento. Flotan en el espacio nubes de caramelo, y la luna, sonámbula, se pasea por el cielo."

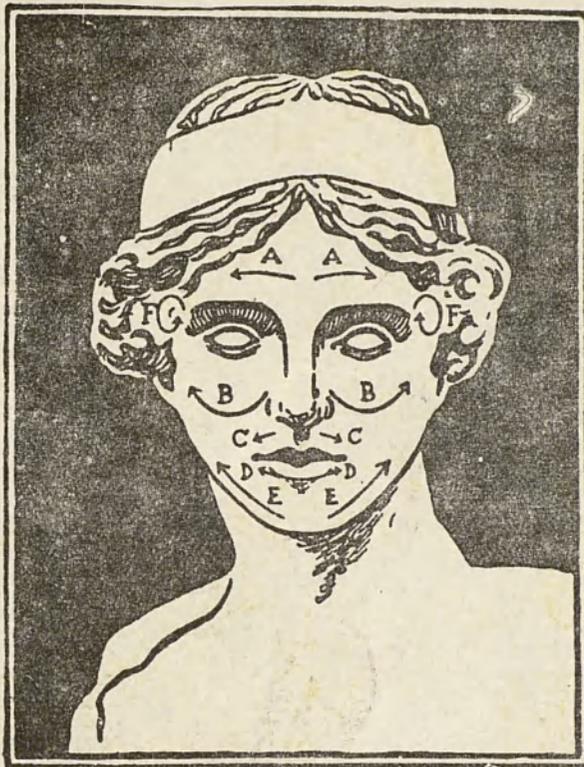
No creemos, ilustre vate, que sea necesario poner ningún comentario de nuestra parte. El hecho de haber sido obedientes ante su indicación de que publicásemos la obra maestra transcrita, nos exime de perder el tiempo en consideraciones inútiles.

¡Que usted siga tan bueno!

Pacomio (Burgos).

Los versos del buen Pacomio merecen, sin discusión, catorce años de prisión y veinte de manicomio.

Federico (Cuenca).—Es una sandez tan gigantesca como categórica.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

# BUEN HUMOR



Castanys ©

—¡Pero, Lewis! ¿Y tus principios de economía? ¡Has sustituido el caballo por un automóvil! Estás echando la casa por la ventana.

—De ninguna manera. El automóvil es de medio H. P. Salgo ahorrando medio caballo.

Dib. CASTANYS.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid